

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, C. (Ed.), *Pentecostalismo y liberación. Una experiencia latinoamericana*, São José 1992.
- ASSMANN, H., *A Igreja eletrônica e seu impacto na América Latina*, Petrópolis 1986.
- CARTAXO ROLIM, F., *Pentecostalismo. Brasil e América Latina*, Petrópolis 1995.
- CASTRO CAMPOS Jr., L. de, *Pentecostalismo. Sentidos da palavra divina*, São Paulo 1995.
- CORTEN, A., *Os pobres e o Espírito Santo. O pentecostalismo no Brasil*, Petrópolis 1996.
- FRESTON, P., *Breve história do pentecostalismo brasileiro*, en AA.VV., *Nem anjos nem demônios: interpretações sociológicas do pentecostalismo*, Petrópolis 1994.
- GONDIM, R., *O Evangelho da nova era, uma análise e refutação da chamada Teologia da Prosperidade*, São Paulo 1993.
- ORO, A. P., *Avanço pentecostal e reação católica*, Petrópolis 1996.

LA IGLESIA DE CRISTO: UNA INCURSIÓN AUTOBIOGRÁFICA

Juan Eduardo Alvear Fuentes

Quisiera contar lo que he visto y oído. Fui cautivo de movimientos religiosos sectarios. Disfrazados de *ángeles de luz* hombres ruines me engañaron. También yo tengo mi responsabilidad en lo que pasó. No pretendo dañar los sentimientos ni la reputación de nadie. Tan sólo trataré de expresar lo que ha sido mi vida y mi experiencia en la autodenominada *Iglesia de Cristo*. En ella fui *pastor*.

1. Cómo empezó todo

Cuando tenía 15 años fuimos con mi madre a vivir a los Estados Unidos, a California, el *Estado del Sol Dorado*, como lo suelen llamar. Mi madre decidió que fuésemos a vivir a donde mi abuela materna y mis tíos empezaban su *jornada migratoria*. La familia de mi madre tenía bastante dinero, pues había cultivado una rama de la medicina, si se le puede llamar así, que se dedica a la interrupción del embarazo y la consiguiente muerte de seres humanos: el aborto. Habían tenido clínicas en Tijuana, México, que hacía frontera con San Diego, Estados Unidos. Mis tíos tenían casas grandes de mármol con muchos coches, pero en México D.F. vivían con mucho temor a causa de la paranoia que les invadía. Mi padre, que era católico, siempre estuvo en desacuerdo con mis tíos, razón por la cual cuando fuimos a vivir a los Estados Unidos él no fue con nosotros. La historia de mi familia es larga, y por esa razón no entraré en detalles. Sólo comentaré que mi padre condenaba el

aborto, pero desgraciadamente en mi casa vivíamos del dinero fruto de la sangre de inocentes. Mi padre trabajaba, pero en la puja de capitales mi madre fue más respaldada por dinero, casas y coches que él.

Mi madre fue católica hasta que llegamos a los Estados Unidos, donde poco a poco fue desinjertada del tronco, muy influida por un canal de televisión: el Canal 40, o *Trinity Broadcasting Network*. Ella lo solía ver a menudo cuando vivimos en Newport Beach y luego en Carlsbad. Recuerdo que mi padre nos visitó un par de veces. La segunda vez que vino, mi madre le echó con el certificado de divorcio que mis tíos le habían ayudado a conseguir en Las Vegas, y por esa época es cuando enfermó. En casa de mi madre sucedieron tragedias muy grandes a causa del aborto. Pienso a veces que era la sangre de tantos inocentes que clamaba desde el cielo. Una tía mía, años atrás, había enloquecido y matado a su hermana y a su hijo en Beverly Hills. Le tocaba el turno a mi madre y ella perdió la cordura. Sufrió terribles alucinaciones y veía que hacían daño a sus hijos, en especial a mí. Acabó internada en un psiquiátrico.

Mi vida en los Estados Unidos no fue tan mala, hubo momentos buenos, aunque siempre vivía un poco ajeno de la gente. Tuve dos grandes amigos en *Corona del Mar High School*: Peter Ottke y Ron Robinson. Uno de ellos había vivido en España de pequeño y hablaba un español perfecto. Su padre había sido militar en una base americana en España. Yo tenía muchas ilusiones de ser piloto de las fuerzas aéreas americanas, *US Air Force*, razón por la cual ingresé en una academia militar que financió mi abuela: *Army and Navy Academy*, de Carlsbad. En la academia no aguanté mucho, pues era un lugar bastante violento. Abandoné mi propósito y entré en un *High School* del Estado.

En casa las cosas no iban muy bien. Yo era verbalmente violento con mi madre y mis hermanos. No recuerdo que fuésemos muy felices. No íbamos a misa. Mi madre veía mucho el Canal 40. Un día enfermó. Fue algo muy triste. Nos dolió a todos mucho ver cómo perdía el juicio. Este fue el fin del período 1976-78.

Regresábamos a México. Hicimos la mudanza. Tomé mucho cuidado en empaquetar mis Radios de Banda Civil, antenas y amplificadores. La electrónica se había convertido para mí en un *hobby* cuando me regalaron el primer *kit* de una tienda que se llamaba *Radio Shack*. Empaqueté mis aviones de radiocontrol y fuimos en el viaje de vuelta. Creo que en casa ya estábamos acostumbrados a grandes mudanzas, pues en el 1972-73 habíamos vivido en Benalmádena (Málaga), España, con mi padre. Cuando llegamos a Méjico, la casa que había sido nuestra en El Pedregal se la había quedado mi abuelita (la solíamos llamar así con cariño). La abuelita nos compró una casa en San Jerónimo, cerca de tía Patchi y sus hijos, que eran familia de España por su padre Peletas. Eran muy simpáticos, y lo solíamos pasar muy bien juntos. Mi padre trataba de alejarnos de la influencia de mis tíos Fuentes y de los primos, razón por la que empecé a ver a mis primos de España con bastante frecuencia. Los hijos de tío Santiago vivían aún en México. Él era probablemente el más rico de todos. Tenía una casa inmensa de mármol blanco. Todos pensaban que pertenecía a un político importante o a un narcotraficante. En la escuela en la que entré estaban mis primos Fuentes. Llegué a ser muy popular. La escuela se llamaba *Boston American School*, donde, por cierto, estudió el ahora famoso cantante Luis Miguel. En esa época lo pasé muy bien. Tenía un coche que me había regalado mi abuelita e iba a muchas fiestas. Hubo en la escuela un chaval que me puso un apodo, un mote, que se me quedó durante todo ese tiempo: *El Pastas*. Ese apodo fue como una profecía que determinó lo que me sucedería en el futuro. Pastas o *pastillas* hacía alusión a las drogas, que yo en ese entonces no tomaba. Recuerdo que apenas había empezado a fumar y que antes de esta estancia en el *Boston* nunca me había siquiera emborrachado. En fin, en México los tres años siguientes fueron de mucha diversión. Yo no me sentía el cuidador de mi madre ni nada. Apparentemente ella estaba bien, y también nosotros.

El último de los años que estuve en esta escuela no fue tan bueno. Mi abuelita había muerto. En casa había peleas y yo era muy rebelde con mis padres. Siempre había discusiones. Empecé a fumar marihuana con Harold y su grupo. Caí paulatina-

mente en un mundo de aturdimiento de los sentidos. En casa mi madre hablaba mucho de la Biblia y yo era violento, muy desobediente y hacía lo que quería. Empecé a leer mucho la Biblia. Entre mis amigos de juerga yo era un poco raro, pues siempre hablaba de cosas de religión que a ellos les parecían extrañas. La Palabra de Dios hacía su incursión en mi vida, junto con una existencia que iría poco a poco transformándose, pero que estaba aturdida por la marihuana. Empecé a probar el *LSD* y a usar otras sustancias mezcladas con alucinógenos. Había encontrado mi personal árbol de la ciencia del bien y del mal, mi árbol del conocimiento. Mezclaba la marihuana con la Palabra de Dios, e incluso el *LSD* y otras mezclas explosivas como el *Artane*: unas pastillitas que en sobredosis con marihuana producían un efecto muy curioso, pues me permitían ver ángeles y demonios. Mis amigos no veían las cosas que yo veía. Tenía miedo, pero a la vez luchaba contra las fuerzas del mal con el «escudo de la Palabra». Hubo ocasiones en que estando entre mis amigos «marihuanos», al verme acosado por las burlas que estos hacían de mi fe, pronunciaba palabras mágicas del Libro, tal y como mi madre me había enseñado, y decía por ejemplo: «La Sangre de Cristo me cubre», como si fuese un conjuro mágico lleno de poder. Mis amigos se mostraban extrañados por mi peculiar forma de hablar. Hoy en día creo que muchas de las palabras que mencioné o que pensé tuvieron un efecto milagroso. Para ellos yo me «había quedado en el viaje», o sea, había perdido la razón.

En casa las cosas seguían mal. En cierta ocasión noté esa mirada en mi madre, la mirada aquella tan especial que me insinuaba que en su cerebro algo iba mal. Cuando enfermaba de la cabeza era horrible, pues sentía verdadero miedo. La enfermedad mental es como una especie de coacción donde el que la padece la ejerce, amenazando sin palabras, y a veces con ellas, con atentar contra su vida. Yo escapé en las drogas de esta realidad, la locura de mi madre, pero entré en mi locura propia.

Recuerdo el último viaje, fue fatal, pues en este viaje decidí ir de excursión a Oaxaca, a buscar los *Hongos* y el *Peyote*. Los

entendidos en las artes mágicas de las drogas decían que el peyote era «el dios» y la marihuana una «mala mujer». Mi equipaje para esta excursión eran mis turbaciones mentales, la Palabra de Dios que se me había metido como cincelada en la mente, una tienda de campaña, dinero, mi coche, alcohol y un grupo de compañeros de juerga. Era el viaje más salvaje que había hecho hasta entonces, pero eso sí, el objetivo era ver a Dios, o conocer la verdad de una forma más profunda con los alucinógenos. Era un viaje lleno de expectativas y de temores. En nuestro camino pasamos por Acapulco, donde perdí a mis amigos: ellos iban en su coche y yo en el mío. Recogí a alguien que conocí en el *Baby'O* y me acompañó a Oaxaca. Llegamos a Puerto Escondido. Sería el año 1981 en Semana Santa, si no recuerdo mal. Una vez allí, encontré a mis «amigos de pachanga». Nos reunimos, hablamos y tomamos. Pusimos las tiendas de campaña y unos días más tarde nos dirigimos a Puerto Ángel, con rumbo a Sipolite. Era un lugar paradisíaco lleno de insectos terroríficos y de marihuana. El hotel más grande era un «palapa», o choza, con 4 hamacas al aire libre alrededor de 5 o 6 mesas, y no contaba siquiera con un W.C. Hicimos la excursión a la sierra de Oaxaca y compramos los Hongos. El efecto no me sació, por lo que decidí comprar unos ácidos con un dragón rojo estampado en el papel, que vendía uno en la playa. A mis amigos les seguía hablando de Cristo, su salvación y su sangre. Ellos pensaban que estaba «huido», que me había quedado en el «viaje». El final del mismo concluyó encontrándome sin amigos y con mi coche expropiado por el dueño de la choza donde habíamos comido y dormido. Lleno de valor dejé todas mis cosas en el coche y me dispuse a andar y salir de ese lugar. Me importó poco dejar mi coche y mis cosas, y anduve... Llegué a Puerto Ángel, donde pedí a unos chavales que me prestasen ayuda, dinero para hablar por teléfono, dado que todo el que tenía lo había gastado, pero se negaron.

Me disponía a regresar cuando oí algo familiar. Eran los cantos de las sectas protestantes, también llamadas evangélicas, que a mi madre tanto le gustaban (ella había empezado a acudir a estas congregaciones en México D.F., y a veces les invitaba a casa). Era de noche cuando me acerqué a ellos y les pedí

un vaso de agua. Me lo dieron y me invitaron a pasar al «culto», o su celebración, que consiste en cantos y lectura de la Biblia, así como la predicación por uno de ellos. Me acuerdo que lloré mucho al oírles. Estaba sentado en medio de ellos llorando y llorando como un niño pequeño, con grandes gemidos incontrolables. Al final de la reunión hablaron conmigo. Me costaba bastante poder articular palabras coherentes, también entenderles. Me dijeron con asombro que «había resucitado un niño», o algo así. Yo no entendí muy bien. Cené con ellos y me dejaron un «petate» (una alfombra hecha de ramas) y un ladrillo para que lo usara como almohada. Me guiaron al puesto de sorbetes, el lugar donde me habían dado el vaso de agua. Ahí dormí esa noche.

A la mañana siguiente me desperté y ayudé a un hombre a hacer helado. Dentro de un barril de madera de medio metro de largo había otro más pequeño de metal, y hielo entre éste y aquél. En el interior había agua del río con limón y azúcar. Me ofrecí a ayudarlo dando vueltas al mismo. El helado se formaba en el borde y con una pala lo quitabas de ahí, hasta acabar de hacer hielo toda el agua. Tardé mucho en hacerlo y sudé bastante, pero era mi forma de agradecerle su acogida. Este hombre era muy pobre según nuestros estándares. Cierito es que tenía un horno de piedra, y un techo de paja sobre su cabeza, pero no había paredes, ni habitaciones, ni baños, ni nada. Después de hacer dos barricas de helado llegó y me regaló una Biblia. Le pedí ayuda económica para un autobús de regreso, o para una llamada por teléfono. Él me dijo que lo sentía, pero que no podía. Yo le agradecí su ayuda y le dije que le regalaba mi coche, que estaba bajo fianza de la cuenta de la choza donde vivimos. La cuenta ascendería a unas 5.000 ptas. Le dije que se lo regalaba en agradecimiento, y que lo podría liberar pagando la cuenta. Al poco me despedí.

Recuerdo que esa mañana me sentía con una fuerza especial. Estaba lleno de fe, con mis pantaloncillos cortos y mi camiseta, sin zapatos, pues los había dejado, y con la Biblia que me habían dado. Me dispuse a caminar de vuelta a México D.F. Mi fortaleza era mayor que los 1000 kms. de distancia que me separaban de mi casa y emprendí la marcha por la ca-

rrera. Recordé las palabras de Jesús y no tuve miedo. Me sentía como un discípulo de Cristo, cuya misión era predicar su palabra: esa era mi gran y única misión en la vida. Anduve varios pasos. El asfalto ardía bajo mis pies. Trataba de encontrar zonas con sombra para no abrasarme y seguir adelante. Un par de excursionistas bien equipados pasaron rápidamente a mi lado. La carretera estaba desierta y andaban muy rápido por los zapatos que les cubrían sus plantas. Al poco rato les perdí de vista en la distancia.

Mientras andaba bajo el ardiente sol sobre el asfalto, llegó a mi mente una frase que había leído en *La Palabra*, en aquellos días que me dedicaba a leer tanto, o cuando oía a mi madre hablar tantas veces de versículos y citas bíblicas. La frase era: «Deja todo lo que tienes y sígueme», y «cuando salgáis a predicar, no llevéis dos pares de túnicas, ni dos pares de sandalias, ni cinturón, ni espada o bastón». Al oír en mi cabeza esas palabras me extrañé un poco, sin embargo no las deseché y escudriñé en ellas. Estaba vestido con unos pantaloncillos cortos y una camiseta. ¿Qué cosa podría yo tener que el Señor quisiese que dejase?, me preguntaba. Me dije a mí mismo: «¿Será que el Señor quiere que deje la Biblia?». «¡Imposible!», contesté. Continué andando y reflexionando. Esas palabras seguían ardiendo en mi corazón y mi mente: «Deja todo lo que tienes, y sígueme» y «cuando salgáis a predicar, no llevéis dos pares de túnicas, ni dos pares de sandalias, ni cinturón, ni espada o bastón». No tardé mucho en reflexionar y en entender que lo que el Señor demandaba de mí era mi plena y completa entrega a Él. El Señor deseaba que confiase con plena certeza y con total entrega en su amor. El símbolo de esa entrega total en Jesús era dejar aquello que me había sido otorgado como amuleto: la Biblia. Me fue muy difícil tomar esta decisión, pero el Señor me pedía que soltase toda amarra que me pudiese dar seguridad, todo aquello que me fuese a proporcionar sensación de seguridad, aunque fuese su Palabra escrita. Al menos así lo interpreté entonces. ¡Era una locura! «Si tienes dos túnicas, deja una; si tienes dos pares de zapatos, deja uno; si tienes bastón, no lo lles». Era como el llamamiento de los 70 para ir a predicar. ¿Cómo iba a dejar algo sagrado para emprender una marcha

santa? Después de un gran esfuerzo por discernir la verdad, pues en la juventud somos muy arrojados y valientes pero poco cuerdos, llegué a la conclusión que Dios me estaba pidiendo, como hizo con Abraham, una prueba de mi fe y confianza en su amor. Acto seguido dejé la Biblia sobre uno de los postes de retención en el camino y seguí andando. No pasó casi nada de tiempo y vi cómo se detenía delante de mi una furgoneta VW con una pareja dentro, que me invitaba a subir y que, como dos ángeles guardianes, fueron enviados para llevarme de vuelta a mi hogar. A los 3 o 4 días estaba de vuelta en casa.

Cuando saludé a mi madre no fue tan afectiva como creí que sería después de haber estado perdido más de un mes. Me extrañó un poco, pero no le di mucha importancia. En los días siguientes mi madre me empezó a llevar con ella a las *iglesias cristianas*, como sus miembros las llamaban. Se decían también *evangélicos*. Estaban muy lejos de casa, al otro lado de la ciudad. Yo, aunque siempre fui reacio a estas cosas, me encontraba sumamente receptivo, había «nacido de nuevo» como ellos decían, y me sentía lleno de gratitud a Dios. También por esta época recibí el Sacramento de la Confirmación. Recuerdo que me había dejado la barba y el pelo largo. No odiaba a ninguna congregación y los que creían en Cristo, de una u otra confesión, me parecían aceptables de igual forma. Dejé de tomar drogas y empecé una vida diferente. El curso escolar lo había perdido. Seguía estudiando la Biblia y componiendo canciones. Los «evangélicos» venían a casa a celebrar cultos, reuniones de oración y cantos, y poco a poco me involucré con ellos.

Seguí estudiando los dos cursos siguientes. Acabé mis estudios en el *Inhumyc* en Tlálpán, que era de los Misioneros del Espíritu Santo, de la Parroquia de la Santa Cruz de El Pedregal de San Ángel. Después entré a una academia de inglés, *Harmon Hall*, como profesor, recomendado por mi hermano Santiago. Seguía involucrándome en las sectas poco a poco. Ellos hablaban de la Biblia y de Jesús, me dejaban exponer mi «testimonio» o experiencia del «nacer de nuevo». En mi vida, ciertamente, había habido un cambio muy drástico. Había dejado las

drogas y esa carrera de desenfreno total. Sufrí un par de recaídas leves, pero ya no era lo que antes. Juan Eduardo era ahora un candidato ideal...

2. Interioridades y sueños

Después de tratar de ponerles en situación desde un punto de vista externo, mi familia, sus viajes y separación, mi situación como adolescente frente a las drogas, la «enfermedad en miembros de mi casa» y aquellas cosas que pueden situar al lector en una perspectiva del entorno y las circunstancias que acompañaron mi desarrollo y vivencias, procederé a relatar mis interioridades. Contaré lo que sucedía en mi mente por esta época. Mi vida se desarrollaba no sólo en lo que pasaba en mi exterior, pues hubo muchos sueños que consideré como parte importante del camino. Sueños y visiones a los que otorgué gran relevancia y trascendencia, dejando que condicionaran mi caminar. Dormir y soñar era tan importante para mí como vivir y estar despierto. No todos los sueños tenían un valor trascendental ni vivencial, pero sí lo tuvieron una gran cantidad de ellos. Aquí relataré algunos.

En mi madre conocí a una mujer que amaba profundamente a Cristo (desde su propia ortodoxia, en pocas cosas similares a la ortodoxia tradicional católica), su gran amor al pueblo judío y a Cristo. En los «hermanos», nombre con el que se solían llamar entre sí los miembros de la secta, también conocí una comunidad llena de gran amor y búsqueda de la verdad, mas no fue así en sus líderes, o pastores, como se suelen llamar entre ellos. Encontré una familia que me cobijó, me ungió como su pastor y a la vez se regocijaba en la poca luz que les podía dar. De mis experiencias religiosas hay muchas cosas que podría contar: desde sueños, visiones y convicciones profundas hasta un deseo de hacer que la gente entendiese esa locura tan curiosa en la que me había sumergido al ver el *Día del Señor*.

Me dediqué a leer mucho la Palabra de Dios, en sus distintas traducciones, desde la *Biblia de Jerusalén*, la *Nácar-Colunga*, la *Reina Valera* y otras versiones en inglés, como la *King*

James o la *Scotfield*, siempre tratando de cotejar una y otra traducción para descubrir la verdad. En un principio la Biblia fue para mí una especie de libro mágico, lleno de números y *cábalas con misterios ocultos*. Esto fue cuando tenía 16 o 17 años. Empecé leyendo el Apocalipsis y a los profetas. El Apocalipsis de san Juan era un libro lleno de magia, sobre todo empezando por esas palabras que dan una bienaventuranza a aquellos que lo lean. Al principio tenía mucho miedo de las cosas que no entendía. Traté de descubrir varias veces su significado, pero siempre ha sido un gran misterio. Recuerdo también haber leído los Evangelios y haber sido impactado por varias de sus palabras. Las dos palabras que me impactaron más fueron la del *servicio* y cómo en el Reino de Dios los criados y los que servían tenían un mayor rango. También las de la confianza en *Yahvé Yiréh*, o el Dios proveedor, aquel para quien valemos mucho más que los pajarillos del campo, que no siembran, ni siegan, ni recogen. Aquel en quien debe primar nuestra confianza, el amor que Él tiene para nosotros cubriendo nuestras necesidades materiales.

Recuerdo que en casa solía ser un déspota con mis hermanos, y que entre mis amigos me gustaba abusar de los que eran más débiles que yo (aunque siempre había otros que abusaban de mí). Cuando empecé a poner en práctica la *filosofía del servicio* en aquellos que no esperaban que les sirviese, para mi desgracia descubrí que en vez de ser ensalzado era humillado y perdía mi lugar. Los que andaban conmigo, aunque no me conocían realmente, al ver que yo me prestaba a servir ayudándoles con mi dinero, o dejándoles que tomaran mis cosas sin oponer resistencia, y arrimando el hombro para ayudarles en sus tareas, pensaban que estaba loco. Les di pie para abusar de mí. Esto sucedió con el último grupo de amigos, los cuales eran como enemigos, pero a los que había que pagar bien por mal. En vez de ensalzarme, la vocación de servicio me humillaba. Hacía las cosas que decía Jesús: Él decía que el mayor era el que más servía, y yo traté de servir. Quizás esa fue una de las vicencias más difíciles en mi vida: era horrible ser un servidor voluntario y ser humillado por serlo. Sin embargo, he descubierto en el transcurso de mi vida que es aún más horrible ser

un servidor sin vocación y tener que servir porque no te queda otro remedio.

Otra fuerza me compelia, y era la necesidad de hablar de Dios. Esa necesidad fue creada al leer un profeta mayor de la Biblia. Leí que Dios me había puesto como vigía en una torre y que era mi obligación dar a conocer *La Salvación y La Profecía*. Esa fuerza fue aún mayor, pues me compelia a hablar por considerarme un *testigo del Dios vivo*, y alguien a quien sería demandada la sangre de los que erraran si no se les advertía. Esta doctrina, por cierto, la usaban las sectas para obligar la captación de adeptos por parte de sus feligreses, función que era muy relevante dentro de ellas. Recuerdo que esta compulsión nació de la Palabra que leí y de un par de visiones y sueños que tuve. Hago notar que los sueños y visiones que he tenido no los relato para que piensen que soy mejor que los demás, quizás todo lo contrario, pues debido a la ingestión masiva de alucinógenos mi mente quedó tan aturdida que Dios no encontró otro canal para darme a conocer sus designios, designios que a la gente con una cabeza no loca ni enferma da a conocer en una forma menos dramática y más convencional.

2.1. La visita

Un día en casa, habiendo dejado ya las drogas y la vida de un desesperado correr sin alcanzar, estando echado en cama, a una hora no muy tarde, cuando mi familia estaba aún reunida en el salón de la planta baja, entré en un estado como inerte, en el que mis emociones se congelaron por completo mientras observaba una visión, no con los ojos de mi cuerpo, pues estaban cerrados, con mi cabeza echada a un lado en la almohada, mientras aparecían a los pies de mi cama dos como ángeles, que a su vez eran como pilares invisibles cuya presencia sentí. Digo que mis emociones estaban congeladas, pues al ver esto no grité ni huí despavorido: estaba pasmado, en el sentido más genuino de la palabra *pasmo*. Estos dos seres eran los precursores de alguien que apareció después. Este ser era como un torrente de agua que hacía vibrar todo con gran fuerza, una fuerza inena-

rrable, como la de mil ríos en un torrente lleno de energía; y era, a la vez, un mar de inmensa paz. Era temible, pero no pude sentir el miedo ni el asombro, pues mis emociones estaban estáticas. Yo creo que era el Señor Jesús el que me visitó. Por el lado derecho de mi cama se acercó lentamente a mí y se sentó. Suavemente tocó mi cabeza con su mano y me habló al oído en secreto. Sin embargo, no recuerdo lo que me dijo. Creo entender el contexto de lo que hizo y lo que significaría y significa aún en mi vida. Después del encuentro me hallé en mi cama lúcido y despierto, sin temor y con asombro, atónito de lo que había sucedido. No recuerdo haberlo comentado en casa en ese momento.

2.2. *El Día del Señor*

Recuerdo otro sueño, un sueño terrible y espantoso, y la sensación al despertar. Nunca en la vida había despertado así de un sueño y comprendí las palabras del profeta: *El Día del Señor, un día de espanto, un día temible*. Hoy lo entiendo como aquel día en que nos hacemos conscientes de la eternidad y de la resurrección, el día que el Señor despierta en nuestro corazón, revelándose en sí mismo, estando junto a Él. Es algo así como si la vida fuese un sueño profundo: despertamos soñando y somos conscientes de que esta vida es como un sueño, y que la realidad que vamos a ser cuando Él se manifieste, cuando le veamos *cara a cara*, tal cual es, nos hará ver también lo que somos. A partir de este sueño nació en mí esa conciencia, ese saber quiénes éramos y a dónde íbamos, ese despertar en vida de este sueño que es el vivir terreno, que es sombra, un espejismo de lo que realmente seremos. Hoy en día aún me asombro, y he de confesar que el tener esta locura, o como se llame, este estado alterado de conciencia, es un impedimento para tener aquello que los psicólogos denominan una vida normal. Por aquel entonces me resultaba azaroso saber que me encontraba siempre en la presencia del Señor: tenía la conciencia de que cuando pecaba lo hacía ante Él y una multitud de testigos que siempre me observaba. Esto me angustiaba. Pasé de considerar el pecado como algo oculto, sin conciencia de ser observado, a

la idea de ser vigilado. Ahora considero que pecar es un acto más consciente y que cuando peco lo hago frente a un Dios misericordioso que quiere mi felicidad, no mi extravío. Pecar es un acto voluntario, mas, curiosamente, en algunos casos me parece inevitable, viendo la tremenda limitación de nuestra carne para alcanzar el cielo, tan incongruente a su vez con nuestra realidad espiritual, algo dañino para nosotros mismos. Esto me ha hecho llegar a la conclusión de que delante del Señor somos como niños pequeños, aún protegidos por su inmensa gracia y amor, pero pecadores y con necesidad de un salvador y de la misericordia divina. *El Día del Señor* es también un día de gozo inmenso. Pero esto lo he descubierto recientemente en el seno de la Iglesia Católica.

2.3. «*Bendito el que viene en nombre del Señor*»

Hubo también sueños proféticos, y uno de ellos lo guardo con gran regocijo: creo haber asistido a algo así como su cumplimiento posterior. Recuerdo que por esas fechas, a los 16 o 17 años, soñé lo que más tarde sería mi regreso a la Iglesia Católica. Sin embargo, por aquel entonces no lo consideré así, pensé que era un sueño que me instruía sobre unas palabras maravillosamente mágicas. En este sueño me encontraba en mi antigua escuela primaria por la noche, en la segunda planta del Simón Bolívar de El Pedregal de San Ángel en México D.F., cuando mirando al cielo vi tres planetas, mas no en la distancia como si fuesen estrellas brillantes, sino como si los viese por un telescopio muy poderoso. Eran tres planetas grandes y de colores distintos, los cuales formaban un triángulo muy estrecho. Mientras observaba esto, de mi boca salían las siguientes palabras: «Bendito el que viene en el nombre del Señor», y a su vez procedente de los planetas salían dos haces de luz blanca y aguda, como el haz de un láser, a mi diestra y siniestra. De este sueño no entendí más que las palabras, que sabía que eran aquellas palabras que Jesús había dicho a los judíos profetizándoles que le conocerían sólo el día en que ellos pronunciasen estas palabras mágicas. Más adelante contaré cómo este sueño creo haberlo visto hecho realidad. Recuerdo otro sueño en el

que vi lo que luego interpreté como mi incursión en la cúpula de algunas iglesias evangélicas sectarias.

2.4. *El cielo se abrió*

Guardo memoria intacta de mi obsesión con la «magia» de la Palabra de Dios, mi insistencia a un amigo muy querido, Harold Santacruz, que tenía cáncer, de pronunciar ciertas palabras en forma de conjuro. Estábamos en su casa y decidí hablarle de lo que me había enseñado mi madre a decir: «La sangre de Cristo me cubre». El significado de estas palabras, según el ritual de Moisés, sería que la expiación era conseguida a través del derramamiento de sangre en el sacrificio y el posterior esparcimiento de la misma sobre los fieles, que eran expiados de su pecado, siendo este rito culminado en el sacrificio perpetuo de Cristo en la Cruz, y siendo su sangre el precio en pago por la redención de nuestros pecados. Sé que para nuestra mente occidental es difícil de entender el significado de estas palabras y del rito en su sentido expiatorio, como nos es difícil entender a las naciones árabes, hoy en día, cuando toman rehenes a cambio de ciertas concesiones. Sin embargo, en la cultura hebrea este rito tenía un significado claro, que misteriosamente no fue visto por ellos en el sacrificio del Cordero de Dios. Recuerdo mi insistencia a Harold para que dijese estas palabras, que carecían de significado quizás, mas que después de tanto insistir pronunció con un ronco grito que culminó con la repentina salida del sol en un día en que había estado lloviendo al estilo México D.F. Harold, asombrado de la coordinación de su grito con la espontánea salida del sol, se llenó de admiración y asomó repetidamente su cabeza por la ventana para comprobar que lo que veía era cierto. Ambos nos asombramos, y en mí creció la divinización de la Palabra de Dios en la Biblia.

2.5. *Los demonios y el ángel*

Otra visión: me encontraba en casa con este amigo, Harold, después de haber ingerido una sobredosis de *Ariane*, 50 mg

aproximadamente (un medicamento que se recetaba conjuntamente con antidepresivos o haldol para aliviar los efectos secundarios) y unos cuantos cigarros de marihuana (no recuerdo si *LSD*). En esta época me gustaba tomar muchas pastillas que alteraban la percepción de mis sentidos y mi estado de conciencia, cosa que solía hacer hasta el día de Oaxaca en el '81. No todas las visiones y sueños fueron producto inmediato de estas intoxicaciones, pero no niego que las drogas, en cierta época de mi vida, fuesen parte de un ritual pseudorreligioso para ver los misterios del mundo espiritual. También me gustaría hacer notar que no todas las alucinaciones producto de la ingestión de estas sustancias tenían un cariz religioso, y que la mayor parte de las veces producían paranoia, y paranoia terrible. No recomiendo la ingestión de drogas para conocer a Dios y, sin decir que soy una persona dotada con dones espirituales, afirmo que en algunas ocasiones vi ciertas cosas que en mi opinión fueron producto de la misericordia de Dios y no producto de las drogas. Sin embargo, soy consciente que desde un punto de vista clínico todas estas alucinaciones son consecuencia de un estado alterado de conciencia producido por la ingestión de sustancias psicotrópicas y alucinógenas, y que no deberían considerarse de trascendencia alguna en la índole espiritual, aunque para el sujeto en cuestión, yo, han tenido un valor trascendental.

Continué con mi visión. Vi a tres seres que eran como hombres, que vestían de negro con ropa ajustada y que tenían, algunos, adornos rómicos rojos en los pectorales de sus camisas. Estos seres estaban en mi habitación y me observaban. Yo me llené de terror al verles andar por el techo de mi habitación y también al ver que otros observaban desde fuera de casa por la ventana de la segunda planta, y de cuyas rodillas a los pies no se podía enfocar ni ver nada. Eran como seres que flotaban en el espacio. De pronto y sin advertencia alguna apareció un ángel en medio de nosotros. Yo creo que era un ángel por su vestimenta. No tenía alas, su tez era clara y su pelo un poco largo y liso. Vestía una túnica de color perla que parecía ser de tela muy fina y delgada. La túnica le llegaba a media pantorrilla y las mangas arriba de las muñecas. Éste se arrodilló sobre una de sus rodillas y con sus manos en el rostro se acurrucó sobre

de sí mismo, con su codo en su rodilla, como si pidiese a Dios algo con mucha insistencia. Después de esto se levantó y con una especie de lente de contacto de unos 5 centímetros en su mano se aproximó a mí, y la acercó hacia a la altura de mi ojo. En ese momento dejé de verle a él y a los otros. Interpreto ahora esta visión como la ceguera de la fe que se daría en mí, cosa que sucedió unos años después de mi incursión por las sectas, donde casi perdí la fe en el Cristo que predica la Iglesia y en sus Sacramentos.

2.6. *Un anticristo*

Al lado de este sueño o visión, hubo otro que mencioné anteriormente y que no he relatado: el sueño de la incursión en las sectas protestantes. Este sueño lo tuve 2 o 3 años antes de entrar en las sectas. Respecto de los sueños, siempre les he tenido en cuenta por eso que se dice en el libro de Job: «Dios habla a los hombres a través de sueños». Sé que hay muchos sueños que carecen de substancia alguna, sin embargo me gusta observarlos, no fuera que Dios me quisiera ayudar con alguna advertencia, o sólo con el detalle de hacerme sentir confiado en su mano poderosa, sabiendo que aun los cabellos de nuestra cabeza están todos y cada uno de ellos contados. En este sueño me encontraba entre una gran multitud de gentes, serían miles. Estábamos todos en un descampado y había algún que otro árbol pequeño entre nosotros. La gente esperaba ansiosa a oír lo que alguien entre ellos hablaría. Todos miraban a un edificio prefabricado y muy simple que se hallaba asentado sobre unos pilares desnudos, y que estaba a unos cuantos metros sobre el suelo llano. La nave en cuestión tendría cabida para unas 500 personas. Yo me encontraba en un estado de indignación y lleno del *celo del Señor* (llamo celo del Señor a una indignación que te consume cuando ves que alguien usa el nombre de Dios en vano y que engaña escudándose en Él; es como ver la injusticia y llenarse de cólera contra el opresor). Yo caminaba airado, y detrás me seguían mi madre y alguno de mis hermanos. Me dirigí a la entrada de la parte trasera de este edificio, la cual tenía una

escalera muy sencilla, pero que custodiaban unos guardias invisibles, que me abrieron el paso. En la parte superior de la escalera había un velo negro también custodiado por una presencia que no me impidió el paso. Al entrar vi a unas mujeres vestidas de religiosas, con un hábito. Eran muy gordas y robustas. Custodiaban en formación a los que se hallaban presidiendo en el centro del altar, que no era altar, pues no había dentro del lugar ni una imagen, ni una cruz, ni mesa, ni nada, excepto unas paredes desnudas y frías en una estructura rectangular a dos niveles con unas 500 sillas en la parte inferior del teatro, que estaba un metro abajo del lugar donde se encontraban los hombres y mujeres de edad y dinero. Las mujeres hablaban con uno que parecía un ministro de Dios, pero que no lo era. Este *antipastor* se acercó a mí nada más verme. Discutí con él sobre su obra malvada.

Interpreto este sueño como lo que me sucedió cuando los «hermanos evangélicos» de la secta me ungieron como uno de ellos -pastor- y cuando conocí a los dirigentes en verdad. La gente de la secta no era mala, eran hombres y mujeres que tenían comeción por oír la verdad y la mayoría había recibido la llamada de Dios. Pero los dirigentes son lobos que han hecho de la religión (simbolizada en las religiosas del sueño) una fuente de ganancia, donde llenan sus vientres y abusan de las pobres ovejas del Señor que llegan a ellos cautivadas por sus tenaces y dulces palabras, con las que apresan a sus víctimas. Son lobos que apresan al rebaño de Dios y les prometen libertad de culpas y pecados a cambio de diezmos e impuestos, donaciones y despojo de las heredades de las viudas y los huérfanos, para construir lo que ellos llaman la *obra de Dios*. Sin embargo esa «obra» tiene como fin despojar a la gente de su primera fe y amor, llenarlos de culpabilidad, cargarlos con donaciones exhaustivas y, por si fuera poco, abusan con violencia (también sexual) de los y las seminaristas, practicando e incitando a practicar toda suerte de obscenidades. Son hombres cegados por la maldad y el placer del poder, sólo buscan aumentar la grey para incrementar sus ingresos, e incluso algunos de ellos, usando el nombre de Dios, desean los gobiernos de las

naciones, como Jorge Elías Serrano¹. Este hombre, al que llegué a conocer, era el *profeta* de la secta, y Otoniel Ríos Paredes², su *apóstol*, o papa. Su congregación se extendía a México y California, que yo conozca. En Guatemala tienen muchos adeptos.

Su organización está formada por muchos apóstoles que cubren en autoridad a las demás «diócesis» a nivel internacional. Utilizan las técnicas de Wach Man Nee, un chino que difundió el evangelio en forma de células independientes, pero tributando a una central y con reuniones generales de 5 o 10 mil gentes. Basan su proceder en la afirmación de que son la *Iglesia oculta de Dios*, escondida entre todas las naciones, que ha renacido con el restablecimiento de Israel como nación, y en la restauración del culto de Esdras y Nehemías, que fueron, para ellos, una profecía de la vocación actual de su congregación. Se autodenominan *La Iglesia de Cristo*. Son de talante carismático -diría que neopentecostal-, anti-católicos, anti-españoles, pro-americanos, pro-judíos y, sobre todo, anti-marianos. Dentro de ellos existen campañas de desacreditación contra la Iglesia Católica, a la que denominan la *Gran Ramera Babilonia*, con publicaciones horribles y blasfemas. La destrucción de las imágenes y lugares u objetos de culto católicos, comenzando desde el seno familiar, es incentivada con cautela por sus dirigentes. De igual forma, y muy en serio, proclaman que el Rey de España es el anticristo, usurpador del trono de Jerusalén, y que Europa es el reinado diabólico desde la Unión Europea, donde el anticristo impondrá su reinado de 7 años de terror y persecución. Proclaman que la Iglesia Católica de vocación comunista y anticristiana se encargará, aliada con China, de destruir a Israel.

¹ A quien nosotros conocíamos como «Jorge Elías Serrano» era «Jorge Serrano Elías», que fue presidente de Guatemala y que tomó posesión de su cargo el 14 de Enero de 1991. Fue derrocado por un golpe de Estado. Se encuentra huido de la justicia. Lo de Elías seguro que pretendía surtir efecto en relación con el profeta del Antiguo Testamento.

² Siempre tuve la idea de que el segundo apellido de Otoniel Ríos era Montt, quizá por ser primo del general guatemalteco Ríos Montt, que llegó a ser Presidente de la República tras un golpe de Estado. Al consultar las páginas que su movimiento ha publicado en Internet (*elim.org.gt*) veo que aparece como *Paredes*.

Su Jerarquía de mayor a menor es: *apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros*. La ejercen como si fuesen dioses en medio de la grey y son reverenciados por muchos adeptos como tales. Se rigen -según ellos- bajo el *Primer Concilio de Jerusalén*. Su delegado apostólico en México era en 1985 Alejandro Carrión, y Cristian Gómez maestro del *Instituto Teológico de Investigación*, financiado desde los Estados Unidos con material didáctico. Uno de sus pastores era Guillermo Quero, ex empleado de telefónica y líder sindicalista.

A estas gentes que conocí se les puede aplicar aquella parábola del Señor que habla del administrador infiel que sabía que su amo le iba a echar. De hecho se dedican a rebajar las deudas de los que deben a su amo, diciéndoles que no es pecado el adulterio, ni el aborto, y consintiendo su práctica, llamando bueno a lo malo. El fin es captar adeptos entre los católicos, que ven reducidos sus pecados, e inclusive son exentos de ellos como en los casos de adulterio. La verdad es que en estos grupos la grey de Dios cae en sus manos y esos lobos no les libran de nada, sino que les gravan con más esclavitudes. Cargándoles de culpa les exprimen hasta el último céntimo, y, por si fuera poco, les enseñan a pelear entre hermanos y contra la familia, y a *matar con la palabra*. Fomentan la división de los pueblos y con apoyos extranjeros de grandes capitales enseñan a la gente a odiar, especialmente a la Iglesia Católica y a todos aquellos que no se les acomodan o en quienes ven un peligro a sus intereses. Y cuando finalmente estás en el núcleo duro, te revelan sus secretos. Te dicen aquello de que España y Europa son el futuro gobierno del anticristo, que el anticristo es el Rey de España, llamando *falso profeta* al Papa y a Europa *El Dragón*, que también refieren a China.

Más del 50% de los congresistas americanos son hoy en día, según la revista *Fortune*, cristianos progresistas protestantes. Las 24 horas del día y los 365 días del año hay un canal de televisión con cobertura nacional completa en los Estados Unidos y con difusión internacional vía satélite que opera en la línea anteriormente mencionada, *TBN (Trinity Broadcasting Network)*, con *Paul and Janeth Crouch*. Viendo este canal de televisión y comprando sus libros se puede constatar lo anteriormente mencionado. Las sectas son una trampa mortal: pue-

des acabar, al final de tu incursión en ellas, pensando que en verdad Jesucristo no resucitó, sino que fueron los discípulos los que ocultaron el cuerpo. Pero lo peor no es esto, lo peor es que puedes acabar dejando de creer en Dios y volverte contra todos los que crean en Él o cuanto sea objeto de culto. Todo empieza en un camino aparentemente piadoso, cuyo final es, como dijo San Pablo, la manifestación del hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y levanta contra el propio Dios, hasta sentarse en su templo y proclamarse Dios a sí mismo (2 Tes 2,3). El producto final de las sectas es la generación de este tipo de individuos, como me consta.

3. Mi vivencia e incursión en las sectas

Hablaré del *lavado de cerebro*, su proceso paso a paso, las *contradoctrinas* en la secta, la dinámica de las reuniones (cultos) y otras actividades, su trasfondo político y colonialista con el apoyo de instituciones extranjeras... Este será el más extenso capítulo. Lo haré siempre desde mi perspectiva: cómo entré, cómo vi las cosas que en ellas ocurrían y cómo salí. Pienso que quizás alguien, una sola persona sería suficiente, se pueda identificar y discernir el peligro que representan, y con ayuda de Dios salir de ellas sin dejar de confiar en el Amor, sin perder la fe y la esperanza. Las sectas son tan peligrosas que pueden acabar cumpliendo su objetivo final: apartar a la humanidad de Dios. Para aquellos que nunca se han visto involucrados en estos temas les ruego su paciencia en la lectura de estas palabras, que pueden sonar pesadas y torpes, llenas de fantasías y sinrazones. Para mí fueron una vivencia muy significativa, y mi objetivo es evitar que otros se vean inmersos en esta locura.

Cuando me aproximé a las sectas no tenía muchos conocimientos religiosos. Conocía los sacramentos y los había practicado habitualmente de pequeño. Hablo de la penitencia y la comunión. Con mi padre, hombre muy devoto, siempre íbamos a misa y éramos instruidos en la integridad y honestidad. El entorno del cual provenía me había iniciado en la lectura de las Escrituras, fomentada por mi madre, y tenía a causa de esto lo que suelen llamar en psicología un *complejo mesiánico*. Me

sentía un salvador y un elegido de Dios, y he de confesar que hoy a la fecha me sigo sintiendo de esa forma, pero con otros matices. Por esa razón escribo estas líneas, que aunque puedan desacreditarme como hombre pensante, servirán para ayudar a aquellos que hayan vivido en un estado de locura tan terrible como el mío. Pues aquel que ha sido captado por una secta, desgraciadamente, no es una persona cuerda, con la excepción de sus dirigentes, que son hombres muy cuerdos en su maldad.

3.1. Mi llegada en la más profunda ingenuidad

Recuerdo que recién salido del mundo de los alucinógenos, después de haber perdido la cordura temporalmente, y mi coche, y estando como recién salido de un lavado salvífico, mi madre comenzó a llevarme a la *congregación* de Gabriel Sánchez (se llamaba *Filadelfia*). Este hombre era un pastor que tenía una iglesia de gente muy pobre en un barrio muy humilde por el norte de México D.F., cerca de la Basílica de la Virgen de Guadalupe, en la Calzada de los Misterios. Estos pastores provienen de las congregaciones metodistas o bautistas, y la mayoría de ellos se han apartado de las iglesias evangélicas tradicionales. Sus feligreses proceden mayormente de la Iglesia Católica. En este lugar la gente cantaba mucho, después celebraba una sesión de curación y de profecía, para concluir con una hora de predicación del pastor Sánchez, o en su defecto de los pastores invitados, que en varias ocasiones venían del norte, de los Estados Unidos. La gente de este lugar era muy diferente al ambiente de amigos de El Pedregal con los que solía tratar. En este lugar no había jóvenes con coches, ni chicas guapas, ni discotecas, ni viajes a Acapulco, ni toda la juerga a la que estaba acostumbrado, pero no echaba en falta la otra forma de vivir al salir de Oaxaca y empezar mi nueva vida. Quería conocer a Dios y ver a aquel con quien me había encontrado en el camino. Sentía una gran sed y me inundaba la expectación de *un mundo nuevo* que me había estado perdiendo toda mi vida, y que había visto sólo en sueños y señales. Un mundo lleno de fe y de confianza en Dios. Un mundo que llevaba en mi interior con una vocación marcada por la confianza plena en Dios y lle-

na de esperanza. Atrás habían quedado mis fiestas y desenfrenos, mis amigos y popularidad. Estaba adentrándome con una actitud nueva en un mundo nuevo. Recuerdo que regalé a esta congregación todos mis preciados aviones de radio control, mi cámara Super 8 y mi proyector. Les di todos mis tesoros, pues pensaba haber encontrado una fraternidad que había vivido lo mismo que yo y que sentía igual que yo. Pensé que todos habían padecido mi locura, mi encuentro con el Hacedor y su mano poderosa. Pensaba que todos eran conscientes, como era yo, de vivir delante de la presencia del Señor día y noche. Recuerdo que oía las predicaciones: la llamada de Samuel el profeta, el endemoniado gadareno, la samaritana... y la forma estupenda en que las relataba este orador. Las lecturas y predicaciones de la Escritura me conmovían profundamente, al ver en todas ellas a Jesús, vivo y presente, cómo estuvo en mis momentos difíciles y de más aflicción; en mis grandes temores confortándome con dulces palabras y a veces reveladores sueños. He de recordar que la intensidad de las experiencias, bajo la influencia de alucinógenos, se potenciaba sobremanera, o sea, que en la locura se sufre o se goza profundamente. Es como vivir una horrible guerra interna, y aún en esa guerra horrible, como la que sufrió el endemoniado gadareno, estaba el Señor Salvador lleno de amor.

Recuerdo que lloré mucho al oír las predicaciones y que cuando les oía cantar ese canto nuevo, llamado por ellos *hablar en lenguas*, o *adorar en el espíritu*, sentía gran confort, muy abrigado por los *hermanos* que oraban a mi lado haciendo ruidos muy extraños y armónicos a la vez, llenos de palabras sin sentido, pero que hacían bien a mi alma desgarrada. Ponían tranquilidad y ungían con aceite aquellas zonas de mi alma que habían quedado expuestas al gran dolor. Si pudiera describir mi alma en esas épocas diría que era como si hubiese salido de un incendio en el que me había quemado, y donde la hipersensibilidad de mi piel, al tacto (las emociones y sensaciones) fuese extrema y en ocasiones muy dolorosa. Los cantos en esos gemidos y lenguas misteriosas, con ese tono uniforme, me fueron de gran ayuda. También las sesiones de imposición de manos, donde todos nos tocábamos las cabezas unos a otros, impartiéndonos sanidad y salud, proclamando sobre otros la salvación

con nuestras bocas. Eran unas terapias de grupo muy curiosas, y creo que eran benéficas.

Nos era brindada la ocasión de hablar frente a la congregación para exponer nuestro *testimonio*. El testimonio, como ellos lo llamaban, consistía en relatar tus experiencias. Era una confesión pública de los pecados, y también era un público comentar cómo habías descubierto al Señor, confiado en Él y cómo había surgido el mecanismo de gran necesidad que te había impulsado a ello. Era relatar aquellas experiencias que habían sido tan significativas en tu vida en esos momentos de gran necesidad, y era también un confesar el pecado, e instruir en cierta forma a otros. ¡Cuán fácil era ser engañado por las diversas situaciones para caer en esos males! Es una mecánica similar a la de los grupos de *Alcohólicos Anónimos* cuando testimonian. Mi testimonio, que en varias ocasiones conté, era un relato de cómo había empezado una vida de derroche y dilapidación: el caer en las drogas y en las grandes borracheras, el burlarme de los pobres e indefensos mientras arrogantemente conducía mi vida a la perdición. Relataba mis desenfrenos y me avergonzaba de haber mancillado mi carne con la fornicación. También todas aquellas cosas que pesaban en mi alma, desde aquel hombre al que atropellé en el coche siendo un adolescente hasta el que en una ocasión golpeé en una discoteca. Me sentía como un criminal de guerra, pero a la vez comentaba entre los hermanos que el Señor perdonaba nuestros pecados y que incluso nos amaba grandemente. A pesar de nuestras malas obras el Señor nos perdonaba, y nos llenaba con sus dones y amor. Era la gran misericordia del Señor la que conmovía al arrepentimiento. Era como aquel José, que mostró su amor a sus hermanos después de haberle vendido como esclavo. Era ese José que teniendo en su mano el poder ejercer venganza, como segundo en el reino de Faraón, era privado por el amor que le consumía. Era Jesús, ese hombre tan especial, presente en todos los tiempos y situaciones que nos llamaba al arrepentimiento, enseñándonos nuestro pecado y simultáneamente su gran misericordia. Era el amor.

Significaba una buena catarsis el hablar de todo esto, pero a pesar de ella las cosas no marchaban tan bien como quisiera.

Seguía teniendo un temperamento sumamente excitable en algunas ocasiones, aunque una nueva conciencia de que era amado había despertado en mí. Encontré un grupo de personas con quien podía hablar del amor de Dios y regocijarme en él. Fueron días hermosos, lo recuerdo como si fuese hoy, y pido a Dios que no permita que ese espíritu de gratitud se aleje de mí nunca.

3.2. «Ve y cuenta a los tuyos las maravillas que el Señor ha hecho contigo»

Recuerdo que, sintiéndome tan amado por el Señor y leyendo su Palabra, veía hermosas promesas en la Escritura. El Señor decía: «cosas mayores que las que yo hago haréis aquellos que creáis en mí», y yo me apropiaba esas promesas. Era un mundo nuevo el estado emocional en que me encontraba. Sentía que era como un embajador del Señor. Alguien que conocía su misericordia y que le había visto amarme y curarme. Me compenían aquellas palabras que había oído en una predicación, cuando Jesús habló al endemoniado de Gadara. Después que éste le pidiera quedarse en compañía del Señor, le dijo: «Ve a los tuyos y cuenta las maravillas que el Señor ha hecho contigo». Y para colmo, las diferentes visiones que sufría, consecuencia postrera de mi incursión en esos mundos desconocidos, o quizás, por qué no, de la gracia de Dios, me confirmaban y corroboraban que tenía una misión en la vida: dar testimonio de Jesús, su resurrección y presencia entre nosotros, su gran amor; y como prueba fehaciente, el perdón y restauración de lo que había sido mi destrozada vida como un adolescente inmerso en un mundo lleno de temores paranoicos inducidos por sustancias psicotrópicas. Y así fue. En efecto, un día compelido por una fuerza inenarrable me dispuse, lleno también de temor, a ir mi antigua escuela preparatoria (secundaria, lo llaman en España). Iba a encontrarme con mis amigos, pero no ya como *El Pastas*, sino como alguien que les diría cómo el camino que había tomado era malo, que mi incursión en el mundo de los alucinógenos me había llevado a la destrucción y, a su vez, a dar testimonio de aquel amor salvífico que había conocido y que me había lavado de mis pecados: Jesús.

Recuerdo que toqué a la puerta del *Boston American School* de El Pedregal, pedí hablar con el director (era nuevo, pues en la escuela cambiaban de director cada año) y le dije: «Sr. Director, soy Eduardo Alvear, antiguo alumno de esta escuela. Estoy aquí porque quiero hablar a mis antiguos compañeros de lo que me ha acontecido en un viaje de desenfreno que inicié en esta escuela, y el lugar a donde me ha llevado. Quiero dar testimonio también de que el Señor Jesús se ha ocupado de enderezar mis sendas y mostrarme el arrepentimiento apiadándose de mí. Es muy importante que acometa esta obra que Dios ha puesto delante de mí» [quizás estas no sean las palabras exactas, pero representan el espíritu de mi conversación]. Después de esto le invité a arrodillarse conmigo y a hacer una oración a Dios, a lo cual accedió. Al finalizar me dijo: «Has venido en un buen momento, adelante, haz lo que tengas que hacer». Y me acompañó a cada clase. El momento difícil había pasado, ahora sólo tendría que ir y hablar. Fui a 2 o 3 clases y hablé. Ofrecí mi testimonio y les invité a orar arrodillados conmigo un *Padre Nuestro*. Fue algo sorprendente, pues casi todos se arrodillaban y acababan orando conmigo. Al final, después de estas «conferencias», salieron todos al patio conmigo y hablaron. Recuerdo que había un grupo de unos 20 o 30 compañeros al lado mío preguntándome cosas e interesándose por lo que había acontecido. Uno de los profesores me invitó a hablar con otros jóvenes en otras escuelas. Fue una mañana llena de intensidad, que al fin y al cabo había resultado ser menos difícil de lo que me esperaba. Habían aceptado oírme de muy buena gana. Como el endemoniado gadareno, cumplí la misión, decir a los míos lo que el Señor había hecho conmigo. Al salir me dirigí a casa de los Bárcena, que vivían enfrente de la escuela. Eran muy buenos amigos. Quería, dado el éxito obtenido, hablar con los de mi generación (pues se habían graduado ya) y darles la buena nueva. Ellos no estaban, pero sí estaba su madre, una señora muy cordial. Recuerdo que me dijo que el Señor tenía *grande misión* preparada para mí. Aún guardo esas palabras en mi corazón.

3.3. «Levantaos y andad, pues no es éste lugar de reposo. Está contaminado y corrompido grandemente»

Las cosas curiosas empezaron a suceder. Después del cumplimiento de esta misión, que representó una especie de iniciación, me sentía con un *algo* muy especial. Tenía la confianza que en los momentos de mayor necesidad me había faltado. El Espíritu, como había prometido Jesús, pondría en mi boca las palabras y el coraje suficientes para desempeñar la misión encomendada. Recuerdo haber empezado a estudiar teología en el seminario de Gabriel Sánchez y haber tenido la oportunidad de convivir levemente con los chicos y algunas chicas que iban a la iglesia. Había algo curioso en algunos de ellos, sin embargo no sabía qué. El seminario era lo que se suele llamar en España una chapuza, pues no se trataba de una institución de enseñanza en forma. Éramos cuatro personas de todas las edades en una clase. Uno de los temas era la demoniología.

Solía ir un par de días por semana. Cruzaba todo el D.F., de sur a norte. Dado que mi coche había quedado varado en Oaxaca, usaba el autobús y el metro. Una vez me quedé sin dinero, pues me había vuelto exageradamente desprendido a causa de la confianza plena en esa palabras de Jesús: «Hombres de poca fe, confiad en Dios. ¡No valéis vosotros acaso mucho más que los pajarillos del campo, que ni siembran ni siegan ni recogen y que, sin embargo, tienen todos los días de su existencia de comer! No os afanáis ni os ansiéis por el día de mañana, qué comeréis o qué beberéis, pues vuestro Padre Celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas». En fin, dado que según mi parecer estaba haciendo la voluntad de Dios, y habiendo comprobado cómo el Señor me había traído sano y salvo de Oaxaca a México por medio de unos buenos samaritanos, sentía que no me hacía falta nada, pues le tenía a Él.

Empecé a andar hasta que llegué al periférico (una especie de M 30 en Madrid), que estaba a unos cuantos metros de nuestra casa en San Jerónimo. Ahí simplemente pedí un *ride*, o sea, que un conductor parase y me llevase a mi destino, la iglesia de Gabriel Sánchez. Recuerdo uno de esos días en la clase, una habitación pequeña, un lugar pobre y sombrío, estando solo

con la Biblia y mis pensamientos, sentí cómo mi corazón se turbaba mucho: algo me estaba inquietando. No sabía cómo hablar con Dios y pedirle que me diese su consejo para que me dijese qué ocurría. Sentía a Dios muy cerca de mí, como un gran amigo que estaba a mi lado, que confiaba en mí y me amaba. Sabía que algo curioso sucedía en ese seminario y en esa iglesia, necesitaba que Dios me hablase. No se me ocurrió otra cosa más que hacer una oración y pedir a Dios que me iluminase con su Palabra. Lo que hice fue pedir a Dios que cuando abriese la Biblia, lo cual haría con los ojos cerrados y sin usar mis dedos, fuese Él quien lo hiciese por la parte señalada. Yo procedería a poner mi dedo, con los ojos cerrados, sobre aquel lugar que Él me inspirase. Fue como un ritual, que podría considerarse mágico, o quizás lleno de superstición por mi incultura, como era yo en las cosas del Señor, pero lleno de esperanza indudablemente en ese Dios tan presente y poderoso que estaba empezando a conocer. Tomé la Biblia en mis manos y la dejé que se abriese por donde fuese, mientras suavemente abría sus tapas. La puse sobre el pupitre, y con mi mano señalé un lugar en ella, abrí los ojos y leí: «Levantaos y andad pues no es este lugar de reposo, está contaminado y corrompido grandemente». Era el libro del profeta Miqueas, el capítulo 2, el versículo 10 de la traducción *Reina Valera*. Me quedé congelado. Volví a leer, e inmediatamente metí la Biblia en el portafolio y salí de allí, como si ese lugar fuese Sodoma y Gomorra esperando a su destrucción. Aún recuerdo la turbación de mi espíritu y cómo en el autobús de vuelta a casa leí el contexto. Mi alma se empezó a llenar de una sensación antes desconocida en intensidad: la indignación, pero, no sólo era la indignación, era la ira, una ira diferente, un celo que conmovía el alma entera y me cegaba por completo. Era una sensación como la de aquel sueño que tuve cuando discutí encolerizadamente con ese pastor de aquel edificio sin imágenes de culto. Era una ira que, a diferencia de las otras, no tenía impotencia, pues se llenaba de la fuerza de Dios y de amor a la Santidad; era, quizás, como dijo el salmista: «El celo por tu casa me consume», como cuando Jesús echó a los mercaderes del templo.

Llegué a casa y conté la experiencia a mi madre. Le dije que ese lugar estaba corrompido y contaminado grandemente, que saliese de ahí y que huyese, pues Dios estaba lleno de cólera e iba a descargar su juicio. Recuerdo a mi madre, con su dulce mirada, decirme que no pasaba nada, e incluso hacerme dudar por un instante. Yo no volví a ese lugar, ella sí. Recuerdo también el día del gran dolor de mi madre, unos meses después. Le había entregado a este pastor un antiguo aderezo de esmeraldas, finísimo (eran tres esmeraldas rodeadas de brillantes de 1 kilate cada uno, y cada esmeralda como de una pulgada, muy verdes), que le había regalado la abuelita. Se lo dio con el fin de que fuese a «dar la buena nueva» a sus hermanos de California. A la semana siguiente se presentó con un impresionante coche. Ella, abatida y desolada a los pies de su armario, en su habitación, sostenía una hoja de papel en su mano. Su mirada estaba perdida y llena de dolor. Inmovilizada como una estatua de sal, su tez era pálida como la de alguien que estuviese viendo un fantasma en el vacío. Me conmovió mucho y le pregunté qué pasaba. Me dijo alarmada, temblorosa y con profundo dolor: «Hijito, tenías razón. Esta carta que tengo aquí está firmada por diáconos, ancianos, padres de familia y su misma esposa. En ella declaran que Gabriel Sánchez es un hombre depravado que ha abusado sexualmente de muchos de los seminaristas y en repetidas ocasiones de algunos niños».

Estuve un tiempo alejado de las sectas. Mi madre seguía en contacto con ellas. Por esa época empecé a trabajar en una escuela de inglés como profesor, después de haber acabado la «prepa» (el COU, como dicen en España). Poco a poco mi madre logró con sus insistentes ruegos que asistiese a otra congregación de evangélicos. Pienso que lo hacía porque sentía un gran miedo a la Iglesia Católica. Recuerdo que ese gran miedo se manifestó como odio cuando tía Cuca, hermana de mi padre y monjita misionera en América, llegó a visitarnos a México D.F. Yo aprendí mucho de ella, pues tenía un gran amor a los pobres y al servicio. Con tía Cuca aprendí a ver el servicio a los demás no como una forma de engrandecerse delante de Dios, sino como una forma alegre de vivir. A mi madre la visita de tía Cuca le sentó fatal. Recuerdo que sufrió un episodio psicóti-

co y tuvo que ser internada. Desde su perspectiva la Iglesia Católica era el *Falso Profeta*. Para mi madre, a causa de la adoc-trinación de las sectas, la Iglesia Católica se había convertido en una congregación satánica, desde la que se engañaba a las gentes y a los pueblos con el poder del diablo. Más adelante profundizaré sobre el tema.

3.4. *Maranatha*

Finalmente un día accedí a ir a otra iglesia. La congregación se llamaba *Maranatha* y la presidía Guillermo (*Memo*) Quero, el pastor. Estaba situada en la Colonia Condesa, en casa de una mujer. Eran unas 100 personas. Recuerdo que el día que me senté a oír el culto sentí una fuerte opresión: era como si estuviese en medio de muchos esclavos o cautivos. Se podía sentir cómo la gente, inclusive en las manifestaciones espirituales, cantos en lenguas, profecías y adoración espontánea no tenían la libertad de decir y hacer lo que querían.

Las manifestaciones espirituales en estas iglesias son muy diferentes de las de la Iglesia Católica. La estructura del culto tiene el siguiente esquema.

1° *Oración de bienvenida*. Suele durar un minuto y es espontánea. En ella se dicen unas cuantas palabras que indican a la gente que hay libertad para cantar y orar.

2° *Cantos*. Esta sección dura entre media y una hora. Se empieza por cantos de ritmo medio y progresivamente se va avanzando hasta que la gente comienza a bailar con panderos y otros instrumentos. Después del clímax se entra en lo que se llama *adoración en el espíritu*, espontánea, que es una especie de canto en un sólo tono: la gente empieza desde un *pianissimo* a una adoración que es como un gran bramido de voces y cantos en lenguas ininteligibles. En un determinado momento surgen los llamados profetas o profetisas, que son miembros de la congregación que levantan su voz en alto mientras otros amainan el ruido para darles paso. Hablan con gran voz o en cantos un mensaje del Espíritu en lengua ininteligible, el cual será tra-

ducido posteriormente por la misma persona o por un intérprete de la congregación. Después de que estas profecías se efectúan (suelen ser 3 o 4 con sus respectivas interpretaciones) se entra en un canto suave dirigido por el coro para dar lugar a la oración del pastor que preside. El pastor en esta ocasión puede optar por comenzar su homilía o por seguir guiando a la congregación a que ore en el Espíritu, mientras se procede a una sesión de imposición de manos colectiva con fines de sanaciones corporales y/o espirituales, para concluir con el comienzo de la homilía.

3° *La homilía* suele comenzar por la lectura de uno o varios textos bíblicos. Todos los congregantes llevan su Biblia. Las homilías tienen 5 líneas principales de narrativa, de acuerdo a los ministerios: *apostólicas* (universales), *proféticas* (exhortación), principalmente *evangélicas* (con llamamiento de captación), *pastorales* (con temas locales) y *magisteriales* (enseñanza doctrinal). No se suele hablar al gran público de los otros temas, que son reservados a los seminarios o juntas. Hay dos tipos de predicadores: los de las representaciones teatrales de una historia bíblica y los de enseñanza en general. Ciertos ministros suelen concluir con una sesión de curaciones y otros con un llamamiento a la conversión. En algunos casos suele haber una línea de exhortación profética. La predicación dura de 45 a 60 minutos.

4° *Las ofrendas* se recogen después de la predicación, de los cantos, de la cena o, incluso, al final del servicio. La *Cena del Señor* se suele celebrar antes o después de la predicación. El pastor hace un rito similar a la bendición y procede a compartir el pan, que es ázimo, y vino joven o zumo de uvas. Durante la cena hay cantos tipo balada o suaves, concluyendo con la bendición del pastor y los avisos. Un culto dura de 2 a 3 horas.

3.5. ¡Ha llegado el profeta!

Debo mencionar que cuando llegué a esta congregación lo hice en calidad de juez, por lo menos así me sentía, no sólo por los sueños y visiones, sino también por haber creído que me ha-

bían sido corroborados. Recuerdo que poco a poco me fueron dando un lugar en medio de ellos, y yo, autojustificándome, accedí a entrar a título personal como un restaurador o profeta que iba a enderezar sus caminos torcidos. ¡Iluso de mí! En esos momentos, aunque había recibido anteriormente el Sacramento de la Confirmación en la Iglesia Católica, no me sentía vinculado a ninguna congregación ni iglesia. Yo sentía que era un representante libre e independiente de Dios en la tierra. El veneno de las sectas, a través de mi madre, había ya calado en mí. Uno de los primeros sucesos que me hizo empezar a apartarme de la fe católica fue cuando emigramos a los Estados Unidos y papá no vino con nosotros. Dejamos de ir a misa. La misa no era ya algo importante para mí. Mi madre hablaba en contra de las imágenes, la Eucaristía y la Virgen. La misa era algo que no me hacía falta, pues mi «relación personal con Dios» era suficiente. Hoy sé, sin embargo, que la vanidad espiritual me cegó. Otro aspecto que me apartó de la fe fue la mala interpretación de las Escrituras, causada por la influencia de los que me adoctrinaban en las sectas y por mi falta de conocimiento de las mismas. Los puntos más incisivos en la destrucción paulatina de mi fe fueron: los 10 mandamientos (la idolatría), la salvación por medio de la fe (y no las obras), y finalmente los más dañinos: María no es madre de Dios (sino de Jesús), el sacramento de la confesión (Dios no tiene intermediarios) y la apostasía (la Eucaristía sólo es un símbolo, y tal como ellos lo entienden). Más adelante me explayaré...

Cuando llegué a las sectas los pastores se dieron cuenta que yo me sentía como un elegido, y en lugar de bloquearme totalmente me hicieron un lugar entre ellos. Fui nombrado *pastor* y ungido como *anciano* más o menos al año de estar entre ellos. Las razones que les empujaron a hacerlo no fueron sólo el ver que venía de una familia adinerada, sino también que era la mejor forma de tenerme bajo control, estando cerca de los dirigentes. Creo que no tuvieron otra opción, al ver mi popularidad entre la gente por mis cantos (dado que solía hacerlo bien) y por mi presencia (que no era mala). Hubo también otro factor que considero fue importante: repito que yo me sentía un ungido de Dios. Recuerdo que recién llegado hu-

bo una mujer a la cual practiqué un exorcismo en una sesión de oración. Otro hombre dijo haber sido sanado de una arritmia cardíaca, e incluso una mujer que dio a luz sin dolor al ser librada de la maldición dada a Eva. Si estas cosas fueron ciertas o no lo ignoro, solo sé que creí que habían sido verdades cuando me las relataron posteriormente. Recuerdo también haber aprendido a orar en lenguas como ellos e incluso a profetizar, cosas que hacía con gran temor y devoción delante de Dios. Predicaba los domingos y ponía música a los salmos, dirigiendo los cantos o alabanza, como dicen ellos. En fin, empecé siendo líder de los jóvenes y acabé como pastor viajando por México con *Asaph*, el grupo de música de Cristian Gómez, y a Guatemala con los pastores para visitar a Otoniel Ríos Paredes y a Jorge Elías Serrano.

En esta congregación había rangos y autoridades: *apóstoles* (siendo éste el primero), *profetas*, *evangelistas*, *pastores* y *maestros*. Usaban el antiguo sistema del libro de los Hechos de los Apóstoles. Otoniel Ríos Paredes era el apóstol, o sumo pontífice, aunque no se negaba la existencia de otros como él. Jorge Elías Serrano era el gran Profeta. Este hermano se adentró posteriormente en la política como Presidente de Guatemala. El resto éramos evangelistas, pastores y maestros, aunque yo siempre me consideré a mí mismo como un profeta. A los ministros se les debía temor reverencial. Estar delante de ellos era como estar delante de Dios. Se autodenominaban *ungidos*. Imponían la adoración a ellos mismos por sus ministerios y dones, mas lo hacían ocultamente, pues desde el púlpito la negaban. Recuerdo vivamente cómo se hacían pasar como si fuesen dioses, y el temor reverencial que demandaban. La doctrina de este temor la llamaban *Cobertura Espiritual*: ellos decían ser como Moisés para el pueblo, el paraguas que cubría a la congregación de la ira de Dios.

Estas doctrinas las trajeron Otoniel y Serrano. Cristian Gómez, el maestro, Alejandro Carrión, delegado apostólico y pastor, *Memo Quero*, pastor, y otros tantos repartidos por el territorio mexicano, reclamaban ser la *Iglesia de Cristo* en la deportación, y yo así lo creí. Eran hombres llenos, según ellos,

de poderes sobrenaturales que podían sanar y hacer milagros, expulsar demonios, y si no tenían cuidado de sus dones, podían imponer sus manos sobre ti y caerías muerto. Otoniel decía en sus casetes, vendidos junto con los de Serrano, que en su congregación un hombre había caído fulminado y muerto por el poder de Dios al tratar de criticarles. Poco a poco se encargaban de ir metiendo un miedo reverencial a toda la congregación, objetivo que lograban con sus grandes palabras disfrazadas de una solemnidad que hipnotizaba. En la gran congregación hacían a la grey subliminalmente una guerra psicológica con los grandes altavoces. Eran como la historia del Mago de Oz. Decían que la Gran Babilonia los había llevado a la deportación y que, como Esdras y Nehemías, se habían dispuesto a restaurar el templo. La Gran Babilonia era la Iglesia Católica y la restauración del templo culminaría con la segunda venida de Jesús. Decían también que el reflejo paralelo en el mundo real de este movimiento se había representado en la restauración del territorio de Jerusalén en 1948 y que la culminación sería la restauración del templo de Salomón en lo que ahora es la Mezquita de Omar, o de la Roca que usurpa su lugar en la misma forma en que la Iglesia Católica, apóstata, usurpa ahora el lugar de la verdadera Iglesia de Cristo. Estas enseñanzas eran ilustradas con sinnúmero de pasajes bíblicos, así como con programas de televisión de *TBN (Trinity Broadcasting Network)* con difusión internacional vía satélite. Parte de estas conclusiones arrojaban a un sospechoso mayor: El Rey de España, D. Juan Carlos de Borbón, o, su hijo como el *Anticristo*, el Papa como el *Falso Profeta* y *El Dragón* como China: la trilogía diabólica del Apocalipsis.

Sé que todo esto al no iniciado le podrá sonar absurdo, pero entre *Jews for Jesus* y otras poderosas organizaciones esto es verdad. Cuando uno está inmerso en el mundo de las sectas todo esto parece real y con sus varios argumentos lo demuestran, pero claro está, no se lo sueltan a uno de sopetón. Algunos de los argumentos doctrinales que usan contra la Iglesia Católica son los que anteriormente mencioné.

3.6. Las contradicciones

Debo advertir que los temas que trataré a continuación carecerán de sentido para aquellas personas que no se han ocupado en estudiar estos temas, pero para alguien captado por una secta o versado en el tema tendrán pleno sentido, por lo cual me he permitido omitir las citas bíblicas de los mismos, así como del Catecismo. He de hacer notar que el Catecismo me ayudó a aclarar mi mente y agradezco a Dios inmensamente, y a la Iglesia, el que apareciese en mis manos al poco tiempo de volver a su seno.

Las sectas empezarán desacreditando a la Iglesia Católica y sus enseñanzas con estos incisivos. Poco a poco irán quitando las capas de la fe, como si fuese una cebolla a la que despellejan hasta que no dejan nada. Empezarán por temas como estos:

1º Éxodo 20

Las sectas reclaman la apostasía de la Iglesia Católica al decir que ha modificado los mandamientos de la Ley de Dios que se encuentran en Deuteronomio y en Éxodo. Dicen que el culto a las imágenes y la hechura de éstas son una prohibición que la Iglesia Católica ha excluido de los mandatos de Dios a su pueblo, con objeto de embrutecerle y cegarle. Los pastores ponían especial énfasis en inculcar en los fieles el repudio de las imágenes, incluso de los crucifijos. Yo llegué al destruir públicamente varios. Claro está que como contraposición tenemos el mandato de Dios de construir dos imágenes de dos querubines, la serpiente de bronce del desierto y, finalmente, Dios haciendo una imagen corpórea de sí mismo y manifestándose como hombre en la persona de Jesús.

2º La salvación por la fe en contraposición a las obras

Este tema, tan debatido entre los teólogos, es usado por las sectas para demostrar -según su parecer- que la Iglesia Católica

engaña a sus fieles. La salvación es un don de Dios, así como las obras de justicia que podamos hacer. Lo único nuestro es la voluntad de hacer las cosas. Decía san Agustín que en nuestros méritos Dios corona su propia obra. Pienso que no puede ser dicho de mejor manera. En la secta se nos decía que basta la voluntad, independiente de sus frutos, proponiendo que las obras y la fe son dos cosas tan distintas que afirmar la necesidad de las obras era un acto de soberbia y vanidad. Creo en verdad que ambas confluyen en la *vida de la gracia*. No hablaré más de esto, pues es algo que no domino. Mi pretensión no es hacer teología y hay padres y doctores de la Iglesia que ya han disertado sabiamente sobre este tema.

3º El Sacramento de la penitencia, o de la reconciliación, o de la confesión de pecados

En la iglesia de la que fui pastor basta con recordar el sacrificio de Cristo y pedir directamente perdón a Dios para ser limpiado y purificado. De esta forma te alejan del Sacramento. Pero la práctica es muy distinta de la teoría, pues encontramos a hombres y mujeres cargados con pecados en el subconsciente, sin una completa convicción de la redención y el perdón, y todo ello porque sin darse cuenta han venido a ser como aquellos que criticaron a Jesús cuando dijo al paralítico que le trajeron en una camilla que descolgaron del techo: «Tus pecados te son perdonados». Dice el texto que Jesús vio lo que pensaban en su corazón y cómo decían: «¿quién se cree éste que es? Sólo Dios perdona los pecados», a lo cual contestó lo que ya sabemos, y se levantó el paralítico y anduvo. Los pastores de las sectas han venido a negar la manifestación de Jesús en los ministros de Dios, a pesar de conocer el texto evangélico dirigido a Pedro: «Lo que atares en la tierra será atado en el cielo, y lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo». Es curioso, pero yo viví esta ceguera, y sólo puedo decir ahora que veo: «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!» Es curioso cómo se oculta el espíritu en el texto cuando se malinterpreta la Palabra. Habiendo leído tantas veces: «obras mayores que las que yo hago haréis», y creyendo que existían los milagros, pero dudando

que también Dios había entregado a su Iglesia la potestad de perdonar los pecados en su nombre...

4° María, Madre de Dios

Las sectas dicen: «Dios no tiene madre, Él no fue creado ni formado por nadie, Él ya existía». Es curioso: las sectas creen que la Iglesia será *esposa de Cristo*, una sola carne con Él, y que -como dice san Pablo- habremos de juzgar a los ángeles; sin embargo, a la primogénita de la humanidad glorificada no la pueden ver como madre suya ni de Dios. Me pregunto: ¿no es acaso Jesús Dios? ¿No es acaso María su madre? Pues, si María no es Madre de Dios, entonces Jesús no es Dios. ¡Pero ellos sí aceptan -o al menos eso dicen- la divinidad de Jesucristo! Recordemos cómo hubo personas que no pudieron creer esto. Llegaron a decir incluso que era en nombre de Belcebú por lo que Jesús expulsaba los demonios. Me pregunto si, en el fondo, no estamos ante la misma cuestión: si quienes acusan a otros de *anticristos* no estarán repitiendo lo mismo contra el Señor.

5° La Eucaristía

Es sólo un símbolo (no sé bien lo que entienden por símbolo, aunque deduzco que lo confunden con *representación*). Jesús no se hace pan, dicen ellos, para quitar otro sacramento. Jesús no se hace carne, me parece que afirman. Algunos ridiculizaban la Eucaristía diciendo que si fuese como propone la Iglesia católica, entonces todos sus fieles estaban practicando el canibalismo. El Verbo no se hace Carne, dicen al negar que la Carne de Cristo se hace Pan, y su Sangre Vino. Es *sólo símbolo* y la realidad es espíritu. Me pregunto: ¿fue acaso un espíritu con forma de hombre el Cristo que caminó entre nosotros, o fue el Hijo del Hombre (hombre nacido de una mujer)? Recuerdo haber conocido a una de estas cristianas de las sectas que dijo con gran amor y fervor: «¡Oh, si yo hubiese vivido en los tiempos de Cristo! Me hubiese postrado como la Magdalena a sus pies

y le hubiese adorado». Con tristeza desearía preguntarla ahora, con ánimo de que le pudiese ver: «¿Por qué no le ves ahora en la Eucaristía?» Hubo en otros tiempos quienes en nombre del comunismo lucharon contra el pueblo de Dios destruyendo sus altares y lugares de culto, atentando contra la Eucaristía, que es la raíz de la fe. Hoy día, a través de las sectas, el anticristo ha llegado disfrazado de ángel de luz, engañando a muchos y de formas muy sutiles. Doy gracias a Dios por guardar nuestra fe y también ruego por aquellos que estuvieron ciegos como yo, después de haber visto la luz. Ruego para que también vuelvan a la fe.

Las sectas te privarán de todas y cada uno de los sacramentos, uno a uno, apartándote de la Iglesia. Una vez dentro se nombrarán a ellos mismos dioses y tendrás que adorarles, ofreciéndoles tu temor. Lo menos valioso que te robarán será tu dinero, del cual tendrás como mínimo que ofrecerles el 10% de tus ingresos. Lo más valioso que robarán será tu persona, despojándote de tu fe y amor a Dios. Para llegar a ese camino te guiarán por las siguientes doctrinas.

3.7. La Trilogía Diabólica

En el libro del Apocalipsis se habla de una *Trilogía Diabólica*: el Anticristo, el Falso Profeta y el Dragón. A continuación procederé a desglosar este tema de acuerdo con la interpretación de las sectas. He de mencionar que esta interpretación se la dan a uno a entender una vez que ha sido iniciado en Iberoamérica, no así en Norteamérica. En Norteamérica uno puede encontrar publicaciones sobre este tema e incluso ver programas de televisión como *TBN (Trinity Broadcasting Network)* donde abiertamente difunden estas ideas.

1° El Dragón

China es el Dragón y los americanos siempre han considerado al comunismo como un gran mal. Parece obvio entender que

esto es así, pues incluso el símbolo de esta nación es el dragón. Para las sectas el Dragón es China, según las interpretaciones en el Libro de Daniel y en el Apocalipsis. Dicen incluso que China será la nación que luchará contra Israel para vencerles, y la presa que acaban de construir los chinos, la más grande del mundo, servirá para estos objetivos de destrucción de Israel, pues por ahí pasará el ejército de 200 millones de hombres.

2º El Falso Profeta

Es el Papa. ¿Por qué? Porque ven en el representante de la Iglesia a un comunista cuyas ideas son que la gente se reparta todo en comunidad. Los americanos llaman a esto comunismo. El comunismo es la repartición de bienes impuesta por el Estado, sin respetar la propiedad privada. El catolicismo respeta la propiedad privada, e invita a los ricos a ayudar al que no tiene, pero por una convicción profunda e interna del corazón de los hombres y nunca bajo una imposición desde el poder en forma global. Según tengo entendido, la doctrina social de la Iglesia es parecida a la del libro de los Hechos de los Apóstoles. Para las sectas y el Pentágono esto es comunismo, y por tanto llaman al *Papa Polaco* el *Falso Profeta*.

3º El Anticristo

El reinado del sistema maligno. Para las sectas este reinado se manifiesta en la persona de un hombre, en este caso el Rey de España, Don Juan Carlos I, o su hijo. En la figura del rey de España, que representa un vínculo de unión entre los pueblos de habla hispana, evangelizados en su mayoría por la Iglesia Católica, y considerada como comunista por las sectas del norte. El rey es la amenaza viviente que representa a los pueblos del sur del continente americano de habla hispana, que podrían tornarse en subversivos y anticapitalistas, por lo cual necesitan ser adocrinados al estilo de las sectas evangélicas para no ser peligrosos. El Rey de España, al ostentar el título de Rey de Jerusalén, es también objetivo por parte de aquellos que le consi-

deran usurpador de un reinado mesiánico, al tener el título que portará el libertador de Jerusalén en la esperada venida de Cristo por parte de los judíos. El Rey de España, desde la Unión Europea -dicen ellos-, también se encargará de destruir a los cristianos (las sectas protestantes) y a Israel, en alianza con China y con el Vaticano.

Sé que todo esto puede sonar absurdo, pero para las sectas es su gran verdad. Desde Norteamérica se difunden estas ideas con miles de seguidores en todo el mundo de las sectas. Sé que estas disertaciones le sonarán raras al lector español, a menos que pertenezca a una secta y esté familiarizado con interpretaciones escatológicas. He de mencionar que muchos líderes del Congreso americano son de esta línea de pensamiento, según la interpretación que hice en una lectura en la revista *Fortune*, donde mencionaban que pertenecían al movimiento progresista de las iglesias bautistas y metodistas. Quiero aclarar que las iglesias cristianas evangélicas tradicionales me merecen todo respeto. No así estos *grupúsculos* que han surgido de ellas, camuflando la verdad.

En América hay grandes movimientos de captación «evangélica» sectaria por parte de congregaciones financiadas por sectores del gobierno americano. Recuerdo a un tal John Lili, que si no me falla la memoria estaba con algo llamado el *Instituto lingüista* o *Indigenista*, el cual se dedicaba a propagar entre los indígenas de las sierras el odio a España y a la Iglesia Católica y el amor a los Estados Unidos y sus sectas. Estas enseñanzas se hacían en el nombre de Dios y con el título de evangelización. Las sectas han crecido mucho en América y no creo que haga falta discernir agudamente para darse cuenta que todo este movimiento tiene fines políticos. Parece como si las guerras de religión no hubiesen terminado aún. Estamos delante de una guerra muy sofisticada. Es una guerra ideológica, como aquella que se lleva a cabo en las campañas electorales a la presidencia en los sistemas democráticos, con la diferencia de que aquí lo que está en juego es la fe en Jesucristo. Yo fui víctima de esta guerra psico-ideológica. La desgracia de este movimiento no radica en la libre opción de la democracia, sino en la erradicación de la fe por medio del desmoronamiento lento de

la vida de quienes son captados. Estos movimientos sectarios son muy sutiles en su aproximación y cuidan siempre de disfrazarse de ángel de luz. Es un gran engaño, orquestado hasta el último detalle. Para Norteamérica el comunismo fue un enemigo real y el catolicismo lo es para las sectas, o como llaman a la Iglesia Católica: *la Gran Ramera Babilonia* del Apocalipsis. La influencia de las sectas ha alcanzado a varios sectores, incluso al poder, desde donde se la considera un probable movimiento de subversión. La visita del Papa a Cuba ha de haberles puesto los pelos de punta a muchos hombres poderosos en América que son víctimas de estas perspectivas.

El gran mal, según mi parecer, ha venido de los dos grandes del norte, unos con su anticristianismo manifestado en el comunismo estatal, y otros con su capitalismo salvaje desecristianizador bajo el influjo de la apostasía. ¡Parece increíble, pero hay un odio visceral a la Iglesia Católica, y esta vez los enemigos vienen disfrazados de corderos y con gran fuerza! En otros tiempos la Iglesia fue atacada por los comunistas, ahora es atacada por las sectas.

3.8. La Deportación

Los judíos fueron deportados y perdieron su lugar de culto y el arca del pacto en Babilonia. Mi Babilonia fueron las sectas. Entré sintiéndome profeta entre ellos e incluso tuve algunos momentos de tenue luz en este oscuro peregrinar, que cada día era más tenebroso. Recuerdo uno de esos momentos de luz. Estando en medio de ellos, y movido la noche anterior por la luz mientras leía la Escritura, que por cierto, cada día me incriminaba más, sobre todo después de ser ungido pastor de sectas, me dispuse a leer un texto bíblico, como era costumbre hacer en libertad. Leí Ezequiel 16 en voz alta, todo el capítulo, delante del pastor presidente y toda la congregación. Esta es una lectura terrible, que relata cómo el pueblo se había volcado en pos de otros líderes religiosos u otra «fe» (amantes), y cómo les mantenía económicamente. Creo que el Espíritu había puesto en mi corazón esta advertencia terrible. Estas lecturas no se so-

lían leer en la congregación, pues son muy duras. Curiosamente y sin saberlo este texto nos describía a todos nosotros, que habiendo sido católicos nos habíamos ido con los falsos profetas. No la entendía en plenitud, pero la leí delante de la congregación. Recuerdo que esa fue la última vez que me dieron el púlpito los domingos.

Llegaban continuamente los de Guatemala: Otoniel, Serrano, Bayron, Bin (el sustituto de Serrano en voz) y otros predicadores. Había también americanos que nos enviaban Biblias y libros de estudio de las Escrituras. Cada día las cosas eran más estrechas. Ya no podíamos profetizar más que algunos «elegidos», siempre y cuando las lecturas proféticas edificasen y exhortasen. Sentía que me ahogaba. Como pastor que era fui en uno de los viajes de pastores a Guatemala. En este viaje nos acompañaba una «hermanita». Al cabo de unas horas, mientras viajábamos de noche en una camioneta con unos 10 pastores, tuvieron el cuidado de hacerla sentar a mi lado, en la parte posterior del vehículo. El objetivo se descubriría más tarde: incitarme a pecar de una forma descarada, pues la chica se insinuaba como hasta la fecha ninguna había hecho conmigo. Y todo bajo la aparente ceguera de los demás pastores, que simulaban dormir.

Era de noche y el viaje a Guatemala duraba interminables horas. No pararíamos en el camino y se irían turnando para conducir. En la parte posterior del vehículo que habíamos alquilado estaban a mi diestra Cristian, el maestro, y a su izquierda esta chica, que no era de mal ver. Era una «combi» de VW para 9 personas. Cristian se escurrió entre los asientos y se acostó. La chica estaba en la ventana izquierda y yo en la derecha. Era muy simpática. Ella se recostó y se tapó con una manta. Con sus pies, muy discretamente, me rozaba, y de una forma tal que me llamaba la atención. Cristian estaba recostado, paralelo a ella, pero en la parte inferior del asiento. Por mi cabeza empezaban a volar ciertos pensamientos... Me sentía como un perverso al dudar de la «hermanita» y deseirla. Ella cada vez insistía más con sus pies: parecía simular que estaba en una especie de sueño erótico. Tendría 22 o 23 años. Se supone que hacíamos una peregrinación santa para ver al apóstol y que

iba con hombres de gran rango espiritual. No pasó mucho tiempo para descubrir que estaba atrapado como un pájarillo en una red con pensamientos incontenibles. Noté, sin embargo, que Cristian la estaba acariciando con su mano desde donde estaba echado, en el piso de la furgoneta, al tener ella el descuido de dejar deslizar la manta hacia él lentamente, al suelo, donde se hallaba... Al ver que no respondí a su incitación, cesó al poco rato y simuló que despertaba, tapándose e incorporándose. Al día siguiente ventilé el asunto entre los pastores, pero sin acusar a Cristian, pues era un *ungido*, por lo tanto *intocable*. Oí comentar a Cristian con otro pastor cómo la llamaba a ella «halcón veloz», dando a entender cuán súbitamente había dejado que yo conociese sus propósitos. Durante la vuelta la reprendieron sentándola delante. De Cristian no me atreví a hablar con ellos, pues sentía una especie de complicidad en el pecado, aun sin haber participado con hechos. Cristian era además el Maestro-Profeta y le debíamos sumisión, como al resto de los demás pastores, que eran *varones de Dios*, como se llamaban entre ellos.

Doy gracias a Dios que nada sucedió. Si hubiese caído no habría tenido entereza moral para levantarme cuando me aparté de ellos. Estaba aturrido y con la mente entenebrecida, sin claridad ni espontaneidad de pensamientos sanos y lúcidos. La incongruencia que me rodeaba me tenía pasmado y con somnolencia. No podía despertar de este absurdo sueño en el que me encontraba inmerso. Voces de alarma empezaban a saltar en mi corazón, pero estaba muy débil en la fe. He de mencionar que por esta época ya se habían encargado de echar a mi madre de la iglesia y que me tenían cautivo a mí y a mis hermanos pequeños. Estaba atrapado, pero no lo sabía aún. Había perdido la visión para distinguir lo malvados que eran estos hombres, estaba inmerso entre ellos y cautivo por barreras pseudodoctrinales internas. Quizás todavía no podía creer que eran realmente malvados, y cuando lo hacía, habían preparado una doctrina que me impedía escapar, pues decían que los que se apartan de la iglesia son anticristo. En verdad que tenían razón, pero no respecto de los que se apartaban de ellos, sino más bien de ellos mismos, que habían llevado a muchos tras de sí. Relato

este hecho para que se pueda observar el tipo de lucha al que nos veíamos sometidos quienes creíamos en Dios en medio de estos lobos. A partir de ese día vinieron con mucha más fuerza contra mí. Eso me ayudó a distinguirlos, aunque también contribuyó a volverme un poco más incrédulo, llenándome de rencor y desilusión. Ese rencor lo pagarían después los que estuviesen cerca de mí, pues estaba grandemente envenenado por la desesperanza, y la blasfemia contra Dios estaba a punto de brotar en mi corazón. A estos hombres les daba mucho coraje tener a alguien que se quería hacer *pasar por santo* -decían-. Podía sentir su odio visceral. Desgraciadamente mi alma se llenaría de rencor más tarde, y conforme se encargaban en la secta de llenar mi corazón de incredulidad, sin ser yo consciente, estaba empezando a perder mi fe en la bondad y la pureza, así como mi capacidad de poder ver bondad, inocencia y pureza en el prójimo, cauterizando mis buenos sentimientos para llevarme lentamente a dudar del mismo Dios y de su amor. Me estaba convirtiendo en un apóstata, un anticristo, un hombre sin fe ni en Dios ni en el prójimo. La secta lograba su propósito en la deportación babilónica.

En ese viaje a Guatemala, que fue el último, el hermano Jorge Elías Serrano, el futuro presidente, pidió que se retirasen todas las grabaciones existentes de sus predicaciones en las iglesias, pues se iba a dedicar a un *nuevo llamado*: la presidencia de la Nación. Recuerdo que llegó de noche y a escondidas con un par de guardaespaldas, que, por cierto, tenían toda la pinta de militares americanos (me recordaron mucho a los marines que había al lado de la Academia Militar *Army and Navy Academy* en Carlsbad, California, donde estaba la base militar de Marines de *Oceanside*). Mi incursión por las sectas era cada día más turbulenta. Un día el pastor se me insinuó. Pensó que le seguiría el juego, pero no lo hice. Luego descubrí que todos estos pastores venían de la misma congregación de Gabriel Sánchez. Recuerdo haber sido puesto a prueba varias veces con «hermanitas», pienso que por determinación de los pastores. Fueron tiempos de tormento y mi mente estaba aturrida. La profecía había acabado, así como la libertad aparente de lo que llamaban el Espíritu. Ya todo eran reglas y envidias. Una de las

últimas acciones dentro de mi «libertad del espíritu» fue cuando trataron de timar a una mujer divorciada. La incitaban a que les vendiese-donase su casa para la congregación. Estábamos en la reunión y le exponían que con el dinero que recibiese de su propiedad podría vivir de las rentas bancarias y dejar de trabajar. Yo, al haber visto cómo los dineros de mi madre habían menguado por la devaluación del peso y los famosos *mexdólares*, y con una tasa de inflación del 100% con unos intereses bancarios del 50% u 80%, le aconsejé que no vendiese, pues su objetivo, vivir de las rentas, iba a ser truncado en un par de años por la hiperinflación mexicana. No soy economista, pero le aconsejé conforme entendí que era lo justo y le abrí los ojos para que viese que estaba soñando. Al día siguiente, en la junta de pastores de las demás congregaciones, fui reprendido severamente. Yo todavía pensaba que eran hombres de Dios y no creía que eran timadores que trataban de apoderarse de los bienes de las viudas, los huérfanos y los desprotegidos. ¡Oh, gran error por mi parte! Estaba ciego. Como a Sansón, me habían sacado los ojos.

3.9. El ayuno de tres días y la petición de Sabiduría

Ya era una víctima de las sectas, estaba cautivo, pero no lo sabía. La mejor forma de tener a un prisionero es sin que éste lo sepa, poniendo ataduras en su mente. Los pastores eran como pequeños dioses delante de mí, y yo aún les temía. Eran como hombres ungidos y protegidos por Dios, y curiosamente eran así independientemente de sus obras malas. Teníamos que soportar sus males y su despotismo. Tolerar sus pecados todos, pues esto era el amor a que Cristo nos obligaba, según ellos: «El amor todo lo cubre y perdona», y como eran los elegidos: «los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables», no podíamos hacer nada más que orar por ellos. ¡Y pensar que cuando llegué me sentía ungido y profeta! Pero en medio de ellos fui un esclavo. Procuré mucho guardarme de caer en la fornicación, que era lo que más me preocupaba en esta horrible prisión. No hacía más que enamorarme de una y de otra. Vivía atormentado por el deseo y era esclavo de la pasión en mis pen-

samientos. ¡Adiós a los días de gozo vividos cuando tuve el verdadero encuentro con Dios! Estos lobos se habían aprovechado de jóvenes con vocación para inmiscuirlos en sus negocios, que eran explotar a la grey de Dios para mantenerse a ellos mismos y obtener sus objetivos, incluso los políticos. La vocación de estos hombres no era otra más que su vientre, como viles *negociantes del espíritu* que son. Había hasta un grupo que se llamaba *Hombres de Negocios del Evangelio Completo*. Nunca fui, pero los pastores eran de ellos. Es horrible ver cómo detrás de esa fachada de piedad no hay nada más que hurto y fornicación. Estas cosas las podemos esperar de otros hombres, pero no de los que se hacen llamar pastores de la grey de Dios. «¡Oh, cómo huir y cómo salir de aquí, del *Reino de Dios!*». Sólo clamaba: «¡Santifícales, Señor, para que no seamos oprimidos, y enséñales tu luz y tu amor. Enséñales tu bondad y misericordia, quizá se conviertan; o corrígelos para que despierten de su sueño de vanidad. Sálvanos, oh Dios amigo, porque las aguas nos han llegado hasta el alma! ¿Por qué no les has dado tu luz y tu amor, y les has hecho como lobos rapaces que devoran nuestras carnes hasta la médula de los huesos?»

Convocaron un ayuno. Llevaba ya uno o dos años viviendo del diezmo. El pastor de la congregación me daba el 10% de los ingresos de la iglesia. ¡Era uno de ellos! Cada vez que leía a los profetas, especialmente los menores, caían sobre mí las duras palabras. La epístola de san Judas me aplastaba y cargaba mi alma. Yo no era como ellos en sus obras malas, pero al hacerme un asalariado y callar era cómplice de su maldad. Toda la congregación éramos cómplices. Era el segundo ayuno que hacía de tres días, sólo a líquidos. El primer día da mucha hambre, los dos restantes cada vez menos. Lo más difícil era dirigir a la congregación en los cantos *interminables*, donde tenía que esforzarme, según indicaciones del pastor Quero, a cantar con gozo y alegría cuando en mi corazón no había más que congoja y tristeza. Recordaba mis pecados y cómo había peleado con mi padre contra su fe, y aunque aún no lo entendía, mi alma lloraba de amargura. Recuerdo que mi padre llegó a vernos, con mi madre, llenos de regalos y comida. Era después del terremoto del '85. ¡No le recibí! Al contrario: le eché a gritos. Y

mi madre, que tanto había sufrido cuando la declararon enferma mental (endemoniada para ellos) y la echaron...Y mis dos hermanos pequeños, conmigo en México y en las sectas...

Vivíamos en casa de una hermana de la secta, a la que pagábamos alquiler. No teníamos nada de lo que antes tuvimos en casa de nuestros padres, y no les quise ni cuando vinieron a verme. *Memo*, el pastor, nos decía que «no era digno de seguir a Jesús aquel que no le amase más que a su padre, a su madre y a sus hermanos», y yo así lo creía, sin discernir nada. Amar a Jesús era aborrecer a mis padres. ¡Oh, cuán amargo es cantar cuando la congoja pesa en el corazón! Al día siguiente, el domingo, pues el ayuno había empezado el Viernes, llegué a la congregación. Estábamos en la casa de la mujer a la que yo había aconsejado no vender. Llegué a uno de los asientos, después de colocar las ciento y pico sillas, y me arrodillé. Oré a Dios y le dije con todo mi corazón una petición que no le había hecho antes: *Sabiduría*. En el tormento de la carne y dadas las premisas de la secta, donde era el pastor quien escogía la mujer con la que nos debíamos casarnos los pastores o ancianos, solía pedir continuamente a Dios que orientase la mente del pastor para elegir la mujer que a mí me gustaba. Esta vez pedí *Sabiduría*. Oré largo y tendido, y algo empezó a despertar en mi mente. Recordé a Gabriel Sánchez y la profecía de Miqueas 2,10, que denunciaba la maldad y lo corrompido del lugar. Poco a poco empecé a despertar, pero no tenía la claridad de antes ni las fuerzas. En secreto hablé con mi hermana y hermano pequeño y les dije que nos íbamos. No recuerdo mucho, pues temía lo que me pudieran hacer los pastores, temor incluso de muerte. No sé si mis hermanos permanecieron conmigo o si les había enviado ya a casa de nuestros padres en Guadalajara, a 600 km del D.F. Sufrí una gran turbación, me sentía como si estuviese escapando de una cárcel, lleno de temor. Redacté un escrito, no sin antes ir a hablar con la «hermanita» Fina, una de las señoras que financiaban el movimiento y a la que comenté mis intenciones, y la razón que me movía a esto. Ella no dijo nada, sólo hizo silencio y no me dio la ayuda que esperaba de ella, lo cual era de suponer. En el escrito, dirigido a los ancianos, o sea, los miembros pudientes de la congregación, les ex-

presaba los males espirituales que acontecían. No sé si mi redacción fue la correcta, y no recuerdo muy bien lo que escribí. Me instaron a reconsiderar mi situación y a tener por lo menos una charla con el delegado apostólico, Carrión, y con el pastor de *Maranatha*, Quero, a lo que accedí. Estaba sumamente nervioso y les oía alegar contra mí que, como mi madre, había perdido la cabeza. Recuerdo haberles dicho que saldrían ellos avergonzados y, como los perros humillados, se irían con la cola entre las patas. Me fui y llegué a Guadalajara. Mis padres se acababan de mudar y la casa estaba muy bien arreglada. Pero la historia no acaba aquí, pues en lo que siguió después hubo muchas tristezas.

3.10. La separación definitiva de mis padres

Mi hermano Santiago tenía cáncer y no recuerdo si se había ido ya a los Estados Unidos a curarse. Hay muchas cosas que no recuerdo con claridad. El veneno contra la Iglesia Católica seguía en mí, quizás más fuerte que antes, pues en mi corazón había sufrido una decepción de lo que yo consideraba que eran los *ministros de Dios*, y me daba igual que fuesen de un partido u otro. Dejé de interesarme por las iglesias, o como las quiera Vd. llamar. En mi corazón había mucho odio y una gran decepción. Mi madre me llevó un par de veces a una iglesia que, según ella, no tenía nada que ver con las anteriores. Con mi padre hubo peleas. Mi madre me decía que mi padre le había quitado todo su dinero y que vivía esclava. Yo, ayudándola conforme a la costumbre de los Fuentes, la defendí testimoniando en un juicio de divorcio contra mi padre, incluso levantando falso testimonio de agresiones físicas. Echamos a mi padre de casa con la resolución del juzgado. No era la primera vez que se separaban, pues en California se habían separado, y desde tiempo atrás, en Benalmádena en el '72, recuerdo grandes peleas.

Entre mis padres siempre había grandes disputas. Mi padre siempre decía a mi madre que sus hermanos eran unos aborteros y asesinos, y mi madre se lo decía a ellos, quienes le amenazaban con «callarle la boca», o sea, asesinarle. La casa era un

infierno de peleas. Siempre y por cualquier motivo y razón se armaban unas broncas de gritos y palabras malsonantes que eran tremendas. Menos mal que nunca fueron las cosas tan mal que muriese alguien entre nosotros, cosa que sí sucedió en casa de una tía Fuentes, Edith, en Beverly Hills, donde murieron su hijo y su otra hermana. A pesar de las peleas era mi hogar, y nuestros padres a pesar de sus broncas y sus estrategias democráticas, las de ganar partidarios para dar fuerza a sus causas, eran mis padres y nos querían mucho más que nadie. En esta «elección democrática» para la «presidencia del hogar» ganó mi madre, e hizo lo que solía hacer, y a lo que me había acostumbrado de pequeño, hacerme el cuidador de todos, el *paterfamilias*. Como mi madre había estado enferma de la cabeza varias veces, y había sido incapacitada, sabíamos que en cualquier momento soltaría las riendas, pero ya teníamos una forma para controlarla sin recurrir a medidas drásticas: el psiquiatra Valderrama y el *Haldoperidol*. ¡Pobre madre! ¡Cómo sufrimos todos con su enfermedad! A pesar de esto no dudaría en cambiar mi hogar por nada, con las broncas y todo, con el remordimiento de haber votado en las «elecciones democráticas» a favor del segundo divorcio de mis padres, y todos los aledaños, incluso a no tener a papá entre nosotros. No dudaría más en cambiar mi hogar por secta alguna. En la secta es incomparablemente peor.

3.11. Visita del Apóstol

Mi madre siguió viendo a un pastor de las antiguas sectas. Estaba en Guadalajara. Al poco tiempo llegó un guatemalteco, que era amigo de un miembro de la secta del D.F. No tardó en llegar el apóstol Otoniel Ríos a dar una de sus conferencias en Guadalajara. En esta conferencia celebraron cónclave, al que fui instado a ir por uno de los ancianos de *Maranatha*, Alberto. Ahí fue celebrada una especie de pantomima. A petición de Alberto y en base a mi carta, donde denunciaba sus malas prácticas, ambos, *Memo Quero* y Alejandro Carrión, eran excomulgados. Yo me alegré, pero de todas formas no me pareció más que un *show*. Quizás querían guardar la integridad de su movi-

miento cara a las elecciones presidenciales de su candidato, o qué sé yo. Habría cuestiones de dinero por medio... Una cosa que me costaría creer es que hacían esto con la intención de guardar mi alma, aunque con esto no dudo que haya sido Dios el que por algún motivo o razón permitió que sucediese para que no me perdiese. Me permito recordarles que, a pesar de todo esto, algunos de estos hombres me seguían pareciendo ministros de gran rango. Les recuerdo también que yo no tenía en mi corazón al Papa como cabeza de mi iglesia. Estaba en una etapa de transición. Pronto dejé de creer en iglesia alguna. Mi madre sugirió entonces instaurar una iglesia en casa. Yo sería el pastor y celebraríamos reuniones de predicación y alabanza. Así fue.

Por un tiempo celebramos cantos y predicaciones en casa. Leía la Biblia y predicaba. Al poco tiempo llegó tío Víctor de California. Este era uno de los tres hermanos de mi madre. Tenía bastante dinero. Había tenido un yate, un Ferrari y varias casas en Big Canyon, en Newport Beach, una zona cara. Estaba medio loco, pero parecía buena persona, aunque yo desconfiaba de él. Nos trajo dinero para que comprásemos un coche, y a partir de ahí mi madre empezó a viajar a California para trabajar con él. La situación económica en casa era delicada, pues con la hiperinflación del 150% el dinero que tenía mi madre en el banco había menguado en poder adquisitivo, aunque no fuese así en pesos. Estuve trabajando en una fábrica de computadoras y después en una escuela de inglés. Hice los trámites para ingresar a la universidad y fui aceptado, pero no había dinero para que pudiese estudiar, así que lo dejé. Monté una escuelita de inglés en casa y después un taller de reparación de videos. Recuerdo que un mes llegué a ganar lo equivalente a 5000 dólares. Mi madre iba y venía a los Estados Unidos. Mi hermana se casó y yo me olvidé un poco de todo lo de religión. Conocí a un par de chicas por la escuela y por mi cuñado, y me empecé a «desmadrar». Según los psicólogos, llevaba una vida normal y corriente, pues tenía novias y me acostaba con algunas de ellas. Yo me sentía infiel y malvado. Recuerdo el día que una de ellas, a la que compuse una canción que se llama *Coqueta*, me dijo que estaba embarazada. Me preocupé muchísimo, aunque

no se lo dejé ver. La llevé al médico y éste me dijo que no era verdad. En fin, me dedicaba a salir de copas, a cantar en casa y a llevar una vida bastante relajada. He de mencionar que para curar una enfermedad crónica que tenía, *Touret Syndrom*, estuve bajo tratamiento psiquiátrico, pero lo corté al no ver resultados. No dudo, sin embargo, que este tratamiento haya influido en mi conducta en este período de tiempo. Recuerdo que lo comencé al salir de las sectas y lo eliminé durante el camino a los 2 o 3 años.

3.12. La guerra del norte

Un día en casa, al regresar mi madre de California, estábamos reunidos y le dije que tenía un horrible presentimiento: veía que del norte vendría una guerra y que teníamos que huir. Ese presentimiento habrá sido quizás la influencia nefasta de tío Víctor. Mamá me encomendó la venta de la casa y que le comprase un piso en Manzanillo. En la operación de la venta de la casa no me pagaron lo acordado en metálico y me dieron un porcentaje en especie. En la compra del piso, que era más caro que la casa, firmé unas letras de 2500 dólares mensuales, las cuales no podríamos pagar después. Fue curioso, salir de Bugambillas, Guadalupe, donde había trabajo e ingresos, para ir a un piso que no podríamos pagar en la costa de Colima, Manzanillo. A la larga este movimiento nos llevó a todos a California.

Mi hermano Santiago estaba allí, mi madre ya casi vivía ahí, quedábamos Poncho, mi otro hermano, y yo. Rocío se había casado y mi padre estaba para irse a España o se había ido ya. A él ya no le veíamos y vivía muy triste, o por lo menos a mí me daba mucha congoja. A los 3 o 6 meses de comprar en Manzanillo fuimos a los Estados Unidos a vivir con nuestros tíos. Alquilamos un apartamento y vivimos los tres ahí, mi madre, Alfonso (Poncho) y yo. Al principio trabajé en una gasolinera por un mes o dos. Después vendiendo pianos. Al poco tiempo como vendedor en *Federated Group*, un supermercado de equipo electrónico para el hogar. Ahí estuve un año. Tío Víctor se acercó a nosotros con sus paranoias. El pobre hom-

bre, de haber vivido como rico, ahora vivía como fugitivo de la ley, de un apartamento a otro y con muchos coches, como él decía, para despistar a los que le perseguían. Yo pensaba que estaba loco de remate. Las hijas e hijos de tío Santiago vivían ahí. También estaba un amigo que tenía de antaño, cuando estuvimos en el '76.

Tío Víctor, como era su costumbre, vivía rodeado de pistolas y rifles. Era un aficionado de las armas. A mí me ponía algo nervioso ver tantas armas y tanta munición. En los Estados Unidos era totalmente legal el poseer armas. Tío Víctor hizo que enfermara mi madre de la cabeza, pues él estaba enfermo. He pensado varias veces que su enfermedad radicaba en el sentimiento de culpabilidad subconsciente de haber hecho mucho dinero por medio de las clínicas de aborto que los tres hermanos tenían en Tijuana. Parece ser que la culpabilidad que se acarrea subconscientemente es el mayor enemigo del ser humano. Su conducta era paranoica y pensaba que le vigilaban. Yo, atemorizado de lo que pudiese suceder, le amenacé con ir a la policía si no se alejaba de mi madre, pues la pobre estaba empezando a padecer ese estado tan horrible. La respuesta de tío Víctor a mi petición fue, según me ha comentado mi madre, acusarme falsamente delante de la Policía. Quizás lo hizo en represalia por la *Restraining Order* (orden de alejamiento) que solicité al tribunal del condado. Tenía miedo de que sus grandes temores la impulsaran a repetir la historia de tía Edith. Es horrible sentir miedo de tu propia madre y tener que tomar medidas. Mi hermano Poncho y yo vivíamos juntos entonces. Yo estudiaba por las mañanas en *OCC* (un *College*), y por las noches trabajaba. Asistía también a reuniones en el *Mental Health Center*, pues varias veces tuve temor de no poder soportar lo que me supuso rechazar la convivencia con mi madre a causa de su enfermedad y desentenderme de ella.

En el *Mental Health Center*, que era un lugar donde se reunían diversos grupos, desde Alcohólicos Anónimos, Drogadictos Anónimos, Fumadores Anónimos, Miembros de familias con trastornos mentales, etc., se encontraba un grupo de apoyo y soporte para, como era mi caso, poder hablar con otras personas que convivían con enfermos mentales, o que habían

convivido con ellos. Recuerdo a John Bradshaw, que era un doctor que postulaba la tesis de los *Sistemas Disfuncionales Familiares*. Según su teoría, la solución para curar ciertos males de familia radicaba en la ruptura o desmembración de estos entornos con el fin de romper los ciclos viciosos de coacción emocional que en ellos imperan. En los grupos de apoyo te ayudaban a no sentir culpabilidad cuando habías dejado de atender a un miembro de tu familia que padecía alguna enfermedad mental. La forma en que menguaban, o se anulaban, los sentimientos de culpabilidad era discerniendo que los entornos familiares generaban estos trastornos de la conducta, y que la solución radicaba en su desintegración. De esta forma la culpabilidad que uno pudiese experimentar era solventada por medio del razonamiento de que la ayuda que dices a un miembro familiar con problemas en su locura - *estado alterado de conciencia* - iba a resultar un perjuicio más que un beneficio.

A pesar de tales razonamientos me costaba trabajo absorber estos parámetros. El cristianismo que había aprendido, que sin embargo tenía olvidado, me invitaba a ayudar a mis semejantes por amor, y en especial a mi familia. Recuerdo que esta actitud individualista era como un *Alma Mater*, o consigna, del estilo de vida en California y en los grupos de terapia. Vivir para ti, sin preocuparte por nadie. En California me olvidé lo más que pude de Dios y ya casi no le recordaba. Con el *College*, el trabajo y los grupos de terapia no pensaba mucho en ello. Sin embargo, dentro de mí me sentía como un traidor que se había olvidado de su padre y de su madre. Aprendí a endurecer mi corazón frente a mi prójimo, aunque en las sectas ya lo había aprendido. Mi situación económica era escasa y vivía al día.

Recuerdo que por Navidades llegó mi padre a vernos, y se acercaron Rocío, mi hermana, y su familia desde Guadalajara. Mi madre no estaba. Ella se había ido al norte de California con su hermano, lo pasó muy mal y fue internada varias veces por la paranoia. Ahora parece estar bien. Cuando vino mi padre hubo la bronca de siempre. Me exalto con facilidad, al igual que él. Pero este viaje iba a dar sus frutos.

En California vivía con esa sensación de independencia, de estar solo, sin nadie de quien depender y sin nadie que dependiese emocionalmente de mí. En California ese individualismo era madurez. Yo echaba mucho en falta la sensación de pertenecer a, de ser parte de, de tener una identidad. Había un vacío en mi vida, sobre todo ahora que comenzaba a creer que el mito de Santaclaus y los Reyes Magos se extendía también a la figura de Cristo. Recuerdo a una amiga judía muy querida, Justine, de la cual no he vuelto a oír nada. En América es muy común decir: ¡Jesús!» como aquí se dice: «¡jelines!» Ella solía pedirme perdón por blasfemar. Aún no entiendo la razón por la que me pedía perdón. En casa la única imagen que había de Cristo estaba en un *Compact Disc* de la *Pasión según san Mateo* de Bach, y ella la primera vez que la vio me miró con un poco de conspicuidad. Era una chica muy dulce y seguramente me creía cristiano de verdad. Venía de Sudáfrica y ahora era residente americana. Era más creyente que yo en esa época, pues amaba su religión. Yo sabía que para los judíos Jesús era como una gran mentira que se habían inventado los cristianos tiempo atrás. Ella me comentó que su padre había sido católico, pero que había dejado la fe y se había hecho judío para casarse con su madre. Las preguntas vinieron a mi mente: *¿Quién era Jesús para mí?* En esa época dejé de creer en la sobranaturalidad de todos los hechos en que antes había creído tan fervorosamente. Todas las visiones, sueños y experiencias que he relatado ya no tenían ningún sentido. El *Mental Health Center* me había ayudado a discernir esto. Yo me había inventado un poco a Dios y toda esta historia. Todo era producto de mi estado transitorio de locura, producido por mi madre enferma, cuyo dios era un episodio esquizofrénico. También mi padre y su dios eran producto de sus costumbres. El dios que había curado a mi hermano de cáncer no era más que una sugestión mental. Esto me decían en las reuniones. Todo había sido un gran desengaño y un despertar de un sueño de niñez, de quien finalmente descubría que Santaclaus no existe.

La evidencia lo demostraba. Todos esos recuerdos no eran nada. *¿Quién era yo y qué tenía?* Un simple *don nadie* que había cometido grandes errores por su divagar mental. Sentía un

frío interno que sólo se siente cuando resulta que ya no hay nadie a quien recurrir. Ese amiguito invisible, como el que se inventan los niños, ha dejado de existir. Todo era mentira. Tenía frío. Mi iglesia eran los grupos de terapia, a los que iba por gusto: alcohólicos anónimos, miembros de familias con enfermos mentales y la psicóloga Sharon Granados.

Recuerdo haber hecho una imagen donde dibujé una cruz, y clavada en la cruz estaba una serpiente con forma de hombre, con escamas por piel y con unas grandes alas. Yacía muerto. La enseñé a mi hermano pequeño. El diablo y Jesús, lo mismo, nada, un cuento de niños pequeños. Recuerdo que lloré cuando acompañé a mi padre a misa, el día que nos visitó en California. No sé si lloré porque había perdido la fe al ver la consagración o por nostalgia de recordar lo que una vez había tenido. El vacío era triste.

Entonces pensé y me dije: «Eduardo, si esto es así, ¿qué opción té queda? No hay infierno, no hay cielo, no hay Dios, ni demonio, nada. He de vivir y conseguir lo que quiero. Robar no he de hacerlo, pues aunque no haya Dios, siempre habrá la ley, y la palabra de Dios, aunque no es de Dios, es de hombres sabios, y ellos dicen que todo siempre acaba por salir a la luz. Si robo, a mí mismo me perjudicaré. ¡He de trabajar!, pero soy un extraño en esta tierra y realmente mis recursos y estudios no me permitirán sino llegar a una triste mediocridad indigente. ¡He de dedicarme a amar sexualmente en libertad! Las mujeres que he amado están muy lejos de aquí y tengo miedo de enfermar o fracasar con una extraña. En verdad que soy pobre, desventurado, miserable, ciego y estoy desnudo. ¡Habré de poner fin a esta agonía que no me depara porvenir alguno!» En efecto, fui en mi moto a una armería en Costa Mesa. Me enseñaron una escuadra preciosa de 9 mm, era para diestros y siniestros. El mango era de plástico y el barril y el mecanismo deslizante de metal. Pedí al chico verla y éste me invitó a ir al *Shooting Range* a probarla. Me dio unos pases de invitación. Medité un tiempo después y olvidé el pensamiento. Dejé de pensar y de creer. Creo que mi desesperanza fue provocada también por un incidente que relataré a continuación.

3.13. «Newport Beach Police Department»

Conducía tranquilamente con mi hermano camino de casa. Observé el retrovisor: un coche de policía nos seguía. Intuí y le dije a mi hermano que guardara la calma, pues se dispondrían a pedirme que detuviese el vehículo. Los sistemas de detención de la policía californiana son muy hostiles y si uno no hace caso exacto de lo que dicen puedes sufrir un disparo, especialmente si uno viene de México, o es *hispanic*. Para los Estados Unidos *hispanics* somos todos los habitantes de los pueblos que hablan español, en América y Europa. Recuerdo que en el censo era imposible decir que eras europeo si provenías de España, aunque fueses de tez blanca. Para ellos había *white*, *blacks* e *hispanics*, entre los principales grupos, y luego las otras minorías no tan significativas. Las luces azules del vehículo se encendieron en la oscuridad de la noche del P. C. Highway y procedí a arrimar el coche a la derecha. Apareció otro coche y ahora veía todo un arcoiris de luces azules, rojas y blancas que procedían de todas partes. Como *hispanic* sabía que corríamos peligro de abuso policial, incluso en Newport Beach. Le dije a mi hermano que hiciese todo lo que le pidieran, que me observase mientras me daban las instrucciones. Se podían oír los sonidos que hacen las armas al ser cargadas las recamaras de las semiautomáticas y los gritos de la policía diciendo:

* *Don't move and put your hands where we can see them!*, gritaban desde unos metros atrás. Eran dos coches patrulla.

* *Put your hands on the steering wheel and make no sudden movements!* El estrés era tremendo, entre las luces, los gritos y el estruendo del motor del helicóptero que nos apuntaba con su luz. Recuerdo haber dicho a mi hermano que permaneciese tranquilo e hiciese lo que nos pedían. La siguiente instrucción a gritos violentos...

* *Very slowly open de door!* Mientras me decía esto quité mi mano izquierda del volante y me dispuse a alcanzar la manija. De repente oí otro grito lleno de alarma.

* *Put your hands on the steering wheel, your hands on the steering wheel!*, gritaba con violencia y gran temor el agente con la voz entrecortada.

* *Your left hand out of the window and open the door through the outside handle!* Saqué mi mano lentamente por la ventanilla y accioné la manivela exterior que abría la puerta mientras gritaban: *Don't move your head, don't look back!* Tenía mucho miedo y temía por lo que le pudiera suceder a mi hermano. Abrí la puerta y con la mano izquierda en alto empujé hacia afuera.

* *Now, slowly come out of the car with your hands up and don't look at us! Don't look back!* Salí del coche y el ruido del helicóptero ya no estaba.

* *Your hands in the back of your head, now!*, gritaba el agente.

* *Walk back very slowly towards us and don't turn around!*, y anduve hacia atrás. Era como un mal sueño, como una película en la que no te imaginas que llegarás a estar nunca.

* *On your knees. Keep your hands on the back of your head!*, oí al agente gritar y me dispuse a arrodillarme. Al instante el agente estaba poniendo una esposa en mi mano izquierda y moviéndola hacia mi espalda, mientras me instaba a no mover la otra mano que tenía en la nuca. Posteriormente me ordenó que moviese lentamente la otra mano hacia la espalda con mucho cuidado y me la esposó. Metió sus manos en mis bolsillos, me sacó la cartera y me cacheó. Me levantó cogido por las manos, que ahora tenía esposadas en la espalda, y me encerró en la parte trasera de uno de los vehículos.

Después de esto pude ver cómo los dos agentes, apuntando con sus pistolas a mi hermano detrás de la puerta de sus respectivos coches y con una linterna a la altura de sus armas, le gritaban para que hiciese lo mismo. Tuve temor por la vida de Poncho, pues no hablaba bien inglés y un error le podía costar un disparo. No exagero, pues a los hispanos en varias ocasiones la policía los había apaleado, según solíamos ver en las noticias. Gracias a Dios no sucedió nada.

Estábamos los dos encerrados y esposados en los vehículos. Los agentes registraron todo. Nos habían tratado como a delincuentes peligrosos privándonos de nuestra libertad. A la media hora o así, una agente se acercó al coche a buscar un librito negro, que sería el código de violaciones. Les vi hablando entre ellos y posteriormente abrieron las puertas del vehículo y nos dijeron que podíamos salir. Nos quitaron las esposas. Comenté a los agentes, una vez en libertad, que habían cometido un gran error y pedí a ambos sus tarjetas. Sólo uno de ellos, el novato agente Scott Breslin, me dio la suya, por lo que me dispuse a apuntar el número de placa de la teniente. Ella se llamaba Vlacilek.

Al día siguiente pedí consejo a un abogado. Me dijo que el Condado de Orange, la ciudad de Newport Beach y el Departamento de Policía de Newport no iban a aceptar una demanda por violación de mis derechos civiles: ser privado de mi libertad arbitrariamente, y que sería mejor que demandase por el temor que estos me habían infligido. Yo procedí a hacer una demanda por mi cuenta, siguiendo el procedimiento burocrático correspondiente, hasta que finalmente tuve la negativa de estas tres instituciones a mi demanda, con lo cual les pude llevar a corte. El procedimiento me costó 28 dólares. Mi demanda fue simbólica, pues intuía que la iba a perder. Demandé por violación del artículo 9 del Acta Constitutiva de la Declaración de los Derechos Humanos firmada en 1948 por las Naciones Unidas, donde se decía que ningún ser humano podrá ser privado arbitrariamente de su libertad, ni tampoco arrestado. La demanda era por mil dólares. Los abogados le costarían al Departamento de Policía mucho más, pues cobraban unos 300 dólares por hora. Se lo ponía fácil, pues quería que reconociesen su error. El juicio se celebró el 17 de Octubre del '90 en la Corte Municipal del Condado de Orange y fue presidida por el famoso Juez John Watson, a los dos meses de iniciar el procedimiento. Acceder a mi petición implicaba que ellos habrían cometido un error.

Recuerdo que el 18 de Agosto el congresista Cristopher Cox celebraba un *Open House*, que era una invitación a un café en sus oficinas y a hablar amistosamente de diversos temas de

actualidad con la comunidad. Esta actividad era nueva, pues la habían instaurado dos años atrás. Para mí fue la oportunidad perfecta de pedir ayuda a alguien que me representaba y a quien pagaba parte de su salario con mis impuestos. Era un representante del pueblo. Yo no era aún ciudadano americano, pues el trámite de los mexicanos para convertirse en americanos es de 15 años o así, y no de 5 años como al resto de los inmigrantes. Por tanto no tenía derechos plenos, pero sí como ciudadano del mundo, y las Naciones Unidas estaban en los Estados Unidos. Pensaba que los congresistas americanos avalarían las declaraciones de la misma, pues albergaban a esta institución en su nación. Cuando llegué a sus oficinas vi en la parte posterior de su despacho las *Tablas de la Ley* en hebreo, colgadas sobre la pared. Sentí incluso más confianza, pues pensé que sería un hombre con temor de Dios. Esto me animó. Fueron también las Naciones Unidas las que en 1948 concedieron a Israel ser un Estado independiente en el Jordán, por vocación e impulso de los Estados Unidos de América. Estábamos unas treinta personas con el congresista. Había una representante de la comunidad hispana y agricultores con los que hablaba Cris (como le gustaba que le llamasen) en un ambiente muy cordial. Yo había preparado un escrito, en el que dirigiéndome a él, según el protocolo, comenzaba diciendo: «Honorable Congressman Christopher Cox». Recuerdo haber buscado en libros la forma correcta de comenzar a hablar a un Representante del Pueblo. Lentamente me empecé a acercar a él. Estaba aún aturdido por el asalto policial y con miedo. Sentía gran nerviosismo, pues iba a leer una petición de ayuda delante de alguien con mucho poder. Estaba a un metro de él, pero la representante de los hispanos me interrumpía y no me dejaba comenzar. Finalmente, en el tercer o cuarto intento, pude terminar la frase. «Honorable Congressman Christopher Cox». Cuando dije estas palabras se suscitó un breve silencio, pues mi acento hispano y la forma en la que me dirigí a él rompió un poco con la atmósfera no protocolaria que inundaba en esos momentos la atmósfera. Recuerdo que a Sharon Granados (mi *counselor* del *Mental Health Center*) y a otras muchas gentes les había comentado entusiasmadamente unos días antes que iba a asistir

al *Open House* del congresista, pues tenía una de las invitaciones que éste había repartido a toda la comunidad para visitarle.

El poder de convocatoria del Congresista no era muy grande, pues después de haber repartido este buzoneo por todo el condado éramos unos treinta. Volví a repetir mis palabras, mientras observaba las preciosas *Tablas de Moisés* colgadas a espaldas de este hombre tan carismático: «Honorable Congresista Christopher Cox, estoy aquí delante de usted porque vengo a pedir su ayuda», dije en inglés. El silencio se hizo aún mayor en el pequeño despacho. «Hay mucha violencia ahí fuera en las calles», dije con voz temblorosa y con un nudo en la garganta, que no dejaba expresar sino un poco de la indignación que me inundaba. Oí detrás de mí cómo un hombre mayor secundaba diciendo: *Yeah, that's so!* (¡Eso es verdad!). Proseguí leyendo el escrito: «El pasado día 30 de Julio, mientras conducía tranquilamente mi coche con mi hermano por el *Pacific Coast Highway*, fui detenido y amenazado con pistolas, fui humillado, atado de manos y aprisionado en la parte posterior de un vehículo. Este acto tan hostil fue perpetrado por...». El Congresista me interrumpía, y completaba mi frase con el rostro perplejo y con algo de prisa y nerviosismo en sus palabras, que decía en voz baja como si lo supiese de antemano: «... por el departamento de Policía de Newport Beach». Había a su lado un hombre joven vestido de civil con aspecto de policía y con medio cuerpo apoyado sobre unas estanterías, con los brazos cruzados mirándome como si le diese mucho asco mi presencia, mientras el Congresista continuaba hablando y diciendo que no me preocupase, pues me iba a ayudar. Hizo un gesto llamando a una de sus ayudantes con la mano, mientras me pedía que saliese afuera con su secretaria para anotar este asunto y darle solución. Rápidamente llegó una chica joven y me pidió que le acompañase. Estaba sorprendido por la velocidad de respuesta de este hombre y por los conocimientos que tenía de lo que me había acontecido. Realmente, me dije a mí mismo, sabe todo lo que acontece entre sus electores y en las calles. Estaba atónito y sin palabras mientras él me indicaba la salida con su secretaria. Me detuve, estreché su mano y le dije: «Muchas gra-

cias por su ayuda Congresista, Dios le bendiga». Salí y di a la chica la hoja escrita a mano y me marché. Bajé de las oficinas y salí del edificio. Observé a un coche patrulla merodeando por los alrededores y tuve miedo. Monté en mi moto y marché. No sabía qué pensar de lo ocurrido.

Al día siguiente, como era mi costumbre, compré el periódico y leí. Entre los anuncios comentaban algo sobre el *Open House* de Christopher Cox. En el artículo decía que al *Open House* que había organizado el Congresista había llegado un grupo de homosexuales a manifestarse exigiendo sus derechos, pero no ponía nada más. Me sorprendí un poco, pues yo había estado allí y no había visto a ningún grupo de homosexuales manifestándose, ni en las oficinas ni en las intermediaciones. Hoy entiendo que esa fue la forma «política» en la que el congresista decidió lidiar con el acontecimiento suscitado por mi visita. Realmente, y después del veredicto del Juez, comprendí que sus palabras fueron mentira y que no me había ayudado. La defensa alegó que tío Víctor había denunciado el robo de mi coche. No me molesté en alegar nada, pues a pesar de que era inconcebible que otra persona, aparte del dueño, denunciase el robo de su propio coche, hubiese tenido que iniciar otra serie de demandas para las cuales no estaba dispuesto. Me di cuenta que el Congresista simplemente se había librado del encuentro de la forma más fácil que había podido. Quizás habría alegado que yo era un homosexual y que a la policía no le gustasen los homosexuales, y que por eso me acosaron. Mi objetivo había quedado resuelto: hacer ruido para que la próxima vez que se metieran conmigo pensasen en las molestias que les daría. La indignación es un fuerte motor.

3.14. 19 de Junio de 1991

Estaba trabajando por la noche. Tenía el turno de 23:00 a 7:00 en el 7-Eleven. No había clases en el *College* y no me tenía que preocupar. A pesar de mi *GPA* (*Grade Point Average*), que era suficiente para obtener ayuda del Estado, había cometido un error al llenar el formulario, según mi *counselor*, que me impe-

día acceder a ella. Leía el periódico como todos los días, creo que el *Register*, y encontré una noticia que me llamó la atención muchísimo. Hablaban de una conjunción de estrellas que iba a suceder el 19 de Junio de 1991 (si mal no recuerdo). Empecé a seguir con atención las publicaciones siguientes y fui a comprar una revista especializada. Tenía algo así como un presentimiento, que poco a poco se empezó a convertir en una gran obsesión. Se lo comenté a mis hermanos y a Saúl, un amigo. Sin saber cómo mirar las estrellas, empecé poco a poco, según se decía en la revista especializada, a observar el cielo en la dirección apropiada, la altitud y el *azimuth* designado a la hora prevista. Finalmente lo localicé. Día tras día observaba cómo los planetas entraban en conjunción. Me parece que eran Venus, Mercurio y Júpiter (o Marte, no sé). Lentamente se les podía ver, día tras día, cómo se iban acercando el uno al otro. La expectación era cada vez más creciente, hasta que recordé aquel sueño. Este sueño le había tenido 10 o 15 años atrás y le relaté al principio de estas páginas. En el sueño veía, como por una lente de aumento, los planetas tan grandes o mayores que la Luna, y uno al lado de otro. El día de la conjunción de planetas, mi hermano me invitó a su casa y les dirigí la mirada a él y su mujer para que los viesan. Yo pronuncié las palabras mágicas que decía en el sueño esperando que saliesen esos dos haces de luz resplandecientes. Dije: «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!» Mi hermano y su mujer salieron corriendo, como espantados. ¡Era una abeja lo que les asustó!, una abeja que hizo un vuelo estacionario a un par de centímetros de mi nariz por unos instantes. Los rayos de luz no salieron como en el sueño, pero algo sí sucedió.

Entré en el cuarto de estar, me senté y les dije una revelación que había tenido: «Así como el Verbo se hizo carne, en la misma forma la carne de Cristo se hace pan y la Sangre vino en la Eucaristía». Una especie de ecuación que en mi cabeza era como decir lo siguiente: si 2 más 2 son 4, y 1 más 1 son 2, entonces 1 más 1 más 1 más 1 son 4. Era una ecuación lógica total, sin lugar a duda alguna. La fe había entrado en mi mente, alma, corazón y espíritu como un haz de luz que había alumbrado todo mi entendimiento. No había duda alguna. Cristo Je-

sús era Dios, el Verbo de Dios era Cristo, y en la tierra su Carne y su Sangre son el pan y el vino en la Eucaristía. La fe entró de golpe, instantáneamente. A veces pienso que el Señor tuvo que destruir todo lo que se había edificado mal para volverlo a hacer. Fue como una resurrección de mi cerebro. Tuve que morir a la fe, para volver a nacer a la fe. ¡Esperanza! Nada es imposible para Dios. Reorganizar todas las neuronas y el conocimiento y establecer una cimentación firme sobre la roca, que es Cristo, lo puede hacer en un abrir y cerrar de ojos. Éste, quizás, es el milagro más grande que he presenciado en mi vida, ver cómo el Señor se manifestó por medio del don de la fe. Sé que el amor es el don más preciado que hay, pero la fe es como el hálito que nos da la vida. Para mí este fue un hecho sobrenatural, que sin embargo podría considerarse como un fruto de la situación estresante que vivía en esos momentos, como un mecanismo de escape que me proporcionaba yo a mí mismo. Para mí fue algo sobrenatural, y así lo quiero seguir viendo.

3.15. España

No tardé mucho en tomar la decisión de viajar a España. En California vivía con mucho estrés por estudiar y trabajar simultáneamente, y también por el acoso policial. Recuerdo también en el '91, cuando la primera guerra del Golfo Pérsico, que mi animadversión por los Estados Unidos había crecido grandemente. Conocía a muchos mexicanos, los que repartían los periódicos por las mañanas y otros, que me contaban los abusos a los que eran sometidos y los frentes de oposición que formaban para organizarse y tener poder democrático. Este poder democrático era difícil de obtener, pues la identidad del pueblo hispano en América no era la óptima, al estar divididos entre sí a causa de las cuestiones religiosas. Las sectas se ocuparían, a través de las iglesias de Otoniel Ríos y muchas más, que tenían presencia televisiva en California, de dividir a unos y a otros. La mejor forma de dividir a una nación como México era destruir su historia e identidad, cambiándoles sus orígenes, apartándolos de la Hispanidad y de la Iglesia Católica. La demonización de la Iglesia y del Reino de España, con la que las sectas

infiltraban las mentes de los adeptos persiguiendo un movimiento político procolonizador por parte de América del Norte, era palpable en los Estados Unidos. Éramos todos víctimas políticas del sistema democrático, no sólo a través de la televisión como un gran medio de comunicación social, sino también por medio de la difusión de las sectas, cuyo fin político es evitar la popularización de la doctrina social de la Iglesia, tan temida y acusada de comunista.

A veces me pregunto si realmente no vivimos todos bajo grandes engaños orquestados, no por políticos ni pensadores, sino por fuerzas superiores de maldad fuera de los planos terrestres, cuyos objetivos principales son el quitar la fe del mundo. Cuán aguda fue la Palabra al decir: «Cuando venga el Hijo de hombre, ¿hallará fe en la tierra?» No creo que exista ningún ser humano que se haya propuesto quitar la fe del mundo usando el mismo procedimiento que se usa con los niños al abrirles los ojos y decirles que Papá Noel no existe. Quizás sí los hay. Por lo que queda del resto de nosotros, desde los reyes y gobernantes hasta los pobres y trabajadores, seremos todos víctimas de ellos si no sabemos que esta es la batalla más crucial en nuestra existencia.

Hasta cierto punto todos somos manipulables y manipulados. Unos porque temen al comunismo y lo ven encarnado en la Iglesia Católica, otros más ingenuos porque creen que no existen los milagros y que Dios no se vale de los hombres para perdonar los pecados. Todos podemos ser conducidos a la incredulidad y a demonizar lo santo, pero lo importante es ver cuáles son aquéllas cosas que nos apartan de la fe, y de creer en Dios y en su reinado.

En verdad tenía razón Jesús al decir que debemos hacernos como niños para entrar en el reino de los cielos, pero ¿quién tutelaré nuestra fe y nos guardará para creer la sana doctrina, sobre todo cuando en las grandes naciones se ha desvalorizado la enseñanza religiosa, que es historia y fe? Iremos todos como corderos al matadero, siendo víctimas de toda clase de tendencias y vientos doctrinales, ideas políticas y filosofías cuyo último fin será manipular nuestra conducta (o votos en el sistema

democrático) para, finalmente, dejarnos sin fe, sin ilusiones, como a aquel niño al que le acaban de decir que Papá Noel no existe. La fe es un don, y no todos la tienen, pero si no se cultiva por medio de los sacramentos, se puede perder. La fe también viene por el oír la Palabra de Dios, pero si se oye con una mala interpretación y entre engaños, ¿quien nos podrá liberar?

Después del 19 de Junio de 1991 decidí partir para España. Vendí todo lo que tenía, que no era mucho, pues apenas me dio para el boleto del avión y 500 dólares. Dejé todos mis compromisos atrás, incluyendo los créditos. Salí huyendo de los Estados Unidos, pues una fuerza mayor que mi voluntad me arrastraba obsesivamente. Mi padre se opuso a mi venida, pero yo ignoré sus reflexiones. Tenía que regresar a la fe que había recibido, al estado en que me encontré cuando había hecho la primera comunión, y mi padre tendría que ser el instructor. No sé si realmente me entendía en mi afán, y sí sé que varias veces dudó de mis intenciones, al grado que me hizo incluso dudar a mí de ellas. Una sola cosa estaba clara, y era que en la misma forma en que el Verbo se había hecho Carne, la Carne y la Sangre de Cristo se convertían en pan y vino para nosotros en la Eucaristía. Podía no tener nada más y de hecho no tenía nada más que esto, pero era lo más importante. Esto era el Dios encarnado y habitando entre nosotros.

Antes de comulgar por primera vez sabía que tenía que recibir el perdón de mis pecados, pues así lo había aprendido de pequeño y eso lo recordaba: lo había hecho muchas veces. No me acordaba bien cómo debía uno confesarse, y eso era imprescindible. Sabía que había que confesar los pecados y arrepentirse, pero nada más. Tenía miedo de acercarme a la confesión, pues tenía muchos pecados y había sido enemigo de la iglesia. No sabía lo que me dirían los sacerdotes y si me dejarían volver tan fácilmente, habiendo sido un pastor sectario y habiendo predicado contra la Iglesia y muchas cuestiones de fe. Y, sobre todo, habiendo inducido a varias decenas de personas al error... Mi alma estaba cargada por haber pecado también contra mi padre. Tenía encima un paquete de gran peso. Recuerdo que me confesé varias veces, pero todo no salía, pues de muchas cosas me había olvidado. Mi padre me decía que tuviera

se paciencia y que me confesase y comulgase, que después ya iría saliendo. Me confesé y comulgué por primera vez en San Jerónimo el Real. Hacía 10 o 12 años que no comulgaba. Recuerdo también que los sacerdotes no se alarmaban por lo que les decía y que no me echaban del templo ni nada: ese era mi temor. Era demasiado fácil, no podía ser así de fácil, pero lo era. Un día me confesé de mis pecados con gran arrepentimiento y entre llantos. Fue en la Parroquia de los Doce Apóstoles, donde finalmente derramé mi alma y lloré mucho. El sacerdote era un hombre joven y no había más que una monjita en la iglesia. El sacerdote me pidió de penitencia un rosario, el cual recé, y delante de mí, mientras rezaba, también oía a la monjita haciéndolo. Ese día realmente sentí cómo el perdón de Dios inundó mi corazón y me llenó de paz. De esa paz que hacía tanto tiempo que no sentía y que había incluso olvidado. Ahora sí, ya sentí que podía recibir apropiadamente el cuerpo de Cristo.

Las primeras veces fue algo muy especial, y ese halo cubría toda la ceremonia. La misa, en su solemnidad, se había convertido en mi corazón y desde la vista de mi alma en un evento carismático sin precedentes en mi existencia. Se me empezó a abrir el entendimiento, y comencé a ver en cada parte de la liturgia todos esos elementos que había leído en la Escritura. Todo estaba ahí y era completo. Se confirmaba delante de mí la predicación de la gracia según el rito de expiación mosaico, el cual anunciaba el *Sacrificio del Cordero de Dios*, y que a su vez eran las palabras de san Pablo cuando hablaba de la salvación por la gracia. Era todo el Evangelio completo. Poco a poco se fueron desvelando cada uno de los misterios del Evangelio en el ritual de la misa.

Un día, durante la consagración, entendí quién era María en el altar: era el Cáliz, como depositaria de la más alta gracia de Dios, Cristo. Recuerdo que posteriormente entendí el lugar de María junto a Dios, pues también había perdido la fe en estas cosas. María, Esposa y Madre, una en Él. Lo que había leído en la Biblia cobraba un sentido diferente y muy especial. La esposa de Cristo, que es la Iglesia, según el Apocalipsis, sería una en Él, y esto lo sabía de antes, pero a su vez me ayudó a entender cómo María ya era una en Él por su desposorio con el Altí-

simo. Ella nos había precedido, y en la familia de Dios ella era nuestra madre. Los evangélicos predicaban que nosotros ascenderíamos a los cielos el día que fuésemos transformados, en un abrir y cerrar de ojos, como dice san Pablo. Era obvio pensar que María había ascendido ya a los cielos, pues si ese destino estaba preparado para nosotros, ¿cómo no lo iba estar para ella? En cuestiones como estas y muchas otras que había leído en la Escritura, todo cobraba un nuevo significado en la misa, que era el lugar de mayor difusión del Evangelio.

Entendí las palabras del profeta Daniel, que hablaba del continuo sacrificio. Entre las sectas se decía que no se podía hacer otro sacrificio, pues el sacrificio ya estaba hecho, y ese fue el de Cristo en la cruz. Pero mis ojos se abrieron y vi el continuo sacrificio de Cristo en la Cruz por nuestros pecados, el cual es hoy día una realidad presente. La Eucaristía es una evocación de ese continuo sacrificio de Cristo, que a través de sus mártires, y de los enfermos y pobres en todo el mundo, está presente entre nosotros. Él está en ese dolor, en un presente continuo, en un sacrificio que fue antes y es después, cuyo centro es la Crucifixión, que sin embargo se extiende como una ofrenda perpetua de amor. Los primeros años de mi reencuentro el ir a misa suponía cada día una nueva revelación de lo que antes había leído, pero no había entendido. Fueron muchas las cosas que encajaron en mi cabeza, y el centro de todas ellas era la Eucaristía.

Ahora puedo decir que soy feliz, a pesar de las vicisitudes de la vida cotidiana. Lo único que me queda es seguir confiando en Dios y no desesperar, pues *Dios proveedor* está también en la Eucaristía, dándonos el pan de cada día. Espero que estas palabras puedan ser de utilidad para alguien, sobre todo para aquellos que se hallen en una situación parecida a la que yo viví. Que sirvan como una voz de alarma, y que quienes aman a Dios desplieguen su fe desde el amor y no se dejen llevar por *todo viento de doctrinas*, como me sucedió a mí. Me ha sido de muchísima ayuda el Catecismo, que es fuente de luz, con capacidad para alumbrarnos e instruirnos en la sana doctrina de la fe. Sé que mis palabras no tienen ningún poder para dar fe, pues la fe es una gratuidad sobrenatural dada de lo alto, pero

también dice el Apóstol que la fe viene por la *escucha de la palabra*. En este caso es el testimonio de alguien que fue captado por un movimiento religioso sectario, que se hace llamar la *Iglesia de Cristo*. No sé si considerarme vencedor, pues no ha sido por mis méritos ni por mis esfuerzos por lo que se me concedió la luz, sino por el gran amor que Dios ha derramado por todos nosotros. Como dijo el converso Pablo: si amamos a Dios, ¿quién podrá apartarnos su amor?

<i>Esquema general sobre la «Iglesia de Cristo»</i>	
Origen	Originariamente era una congregación perteneciente a la <i>iglesia de Filadelfia</i> que tenía por «pastor dirigente» a <i>Gabriel Sánchez</i> , en México D.F. (había 10 o 15 pastores, con sus respectivas iglesias). Los pastores denunciaron al pastor dirigente por corrupción de menores y violación. Después de esto siguieron trabajando como iglesias hermanas, con un prebiterio en común. Tras un tiempo, empezaron a ser visitadas algunas iglesias por pastores provenientes de Guatemala, cuyo pastor dirigente era <i>Otoniel Ríos</i> († 3.Mayo.1998). Su movimiento, llamado <i>Elim</i> (fundado en 1963), pretendía la restauración al estilo de la iglesia primitiva, la de los «Hechos de los Apóstoles».
Personajes relevantes	Otoniel Ríos, Jorge Serrano Elías, Gabriel Sánchez, Alejandro Carrión, Cristian Gómez, Guillermo Quero, Paco Fermín...
Antecedentes	Los pastores suelen provenir del metodismo, aunque antes casi todos eran católicos.
Prácticas, ritos y jerarquía	Cultos de carácter carismático, celebraciones entusiásticas, manifestaciones en algunos casos convulsivas (no por parte de los pastores, sino de los fieles). Prácticas de sanación, cantos en lenguas, manifestaciones espontáneas... Se practican el diezmo y, además, las primicias (primer sueldo, primer fruto... íntegro). Testimonios (públicos) y «Ministraciones» (manifestaciones privadas de los pecados ante el pastor). Jerarquía: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros.
Textos sagrados	La única fuente de doctrina es la Biblia, aunque la gente leía más los libros de los pastores con sus interpretaciones (los libros llegaban de los Estados Unidos, por lo general).
Fundamentos doctrinales	Cristian Gómez confeccionó una «profesión de fe» que publicó. Era el encargado de la doctrina.
Hechos relevantes	Uno de los dirigentes, Jorge Serrano Elías, fue presidente de Guatemala. En la actualidad pesa sobre él una orden de búsqueda y captura. Se encuentra exiliado en Panamá.
Actualidad	El local de <i>Elim</i> Central tiene capacidad para 10.000 personas. Cuenta con más de 1000 congregaciones hermanas (según ellos) repartidas por Brasil, Argentina, Estados Unidos, Canadá, México, Honduras, Caribe y Europa (España y Suecia). Se halla en expansión por la doctrina de la «Cobertura Apostólica», consistente en la integración y absorción de otros grupos.

CAPÍTULO III

NUEVAS ESPIRITUALIDADES ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

- III.1. *Lo religioso y espiritual en la «Nueva Era»*
Juan Carlos Gil
- III.2. *Orientalismo religioso*
- III.2.1. *Algunos aspectos religiosos y filosóficos del «yoga»*
José Demetrio Jiménez
- III.2.2. *Los Hare Krishna*
Alfonso Turienzo Martínez